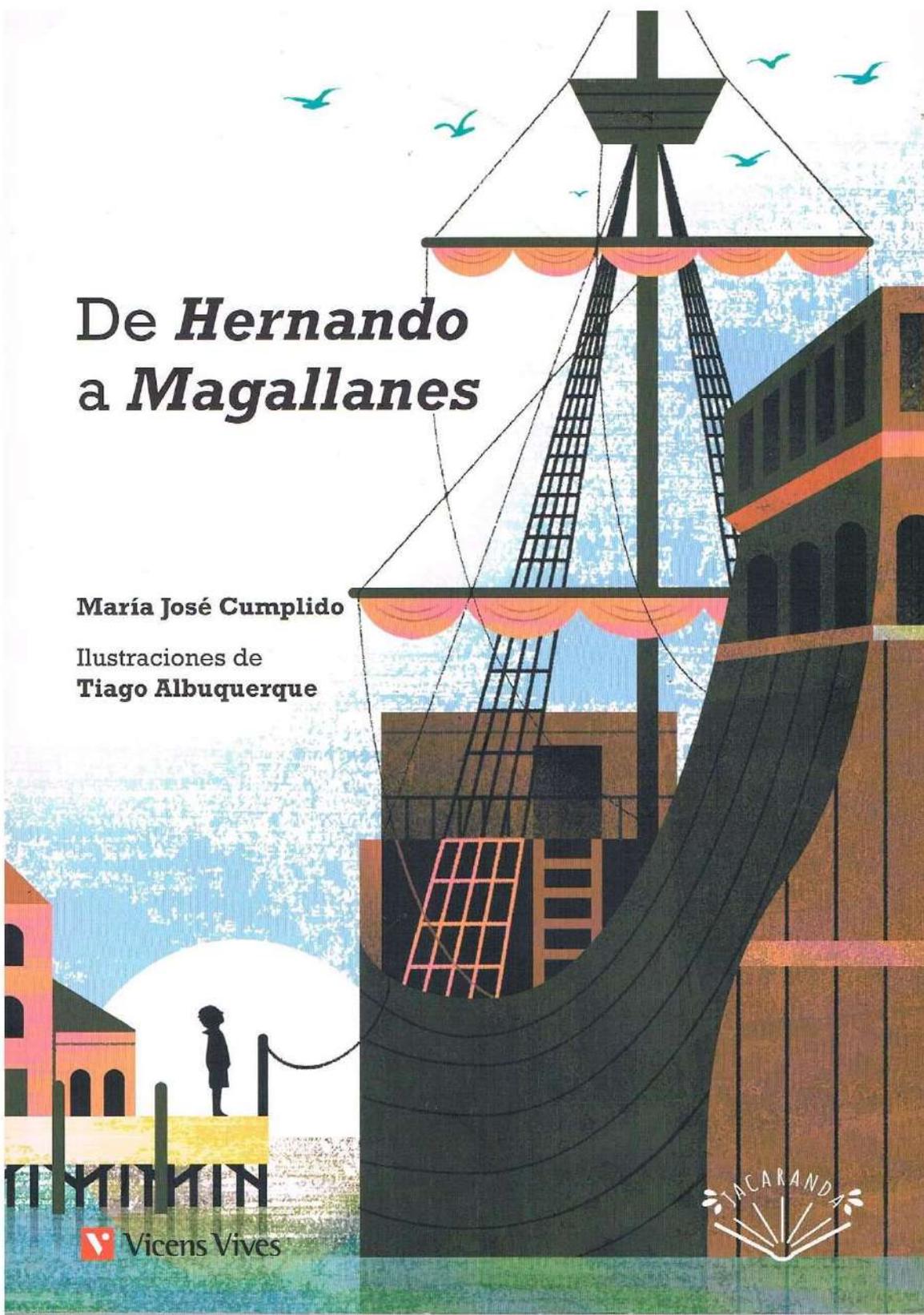


De *Hernando* a *Magallanes*

María José Cumplido

Ilustraciones de
Tiago Albuquerque





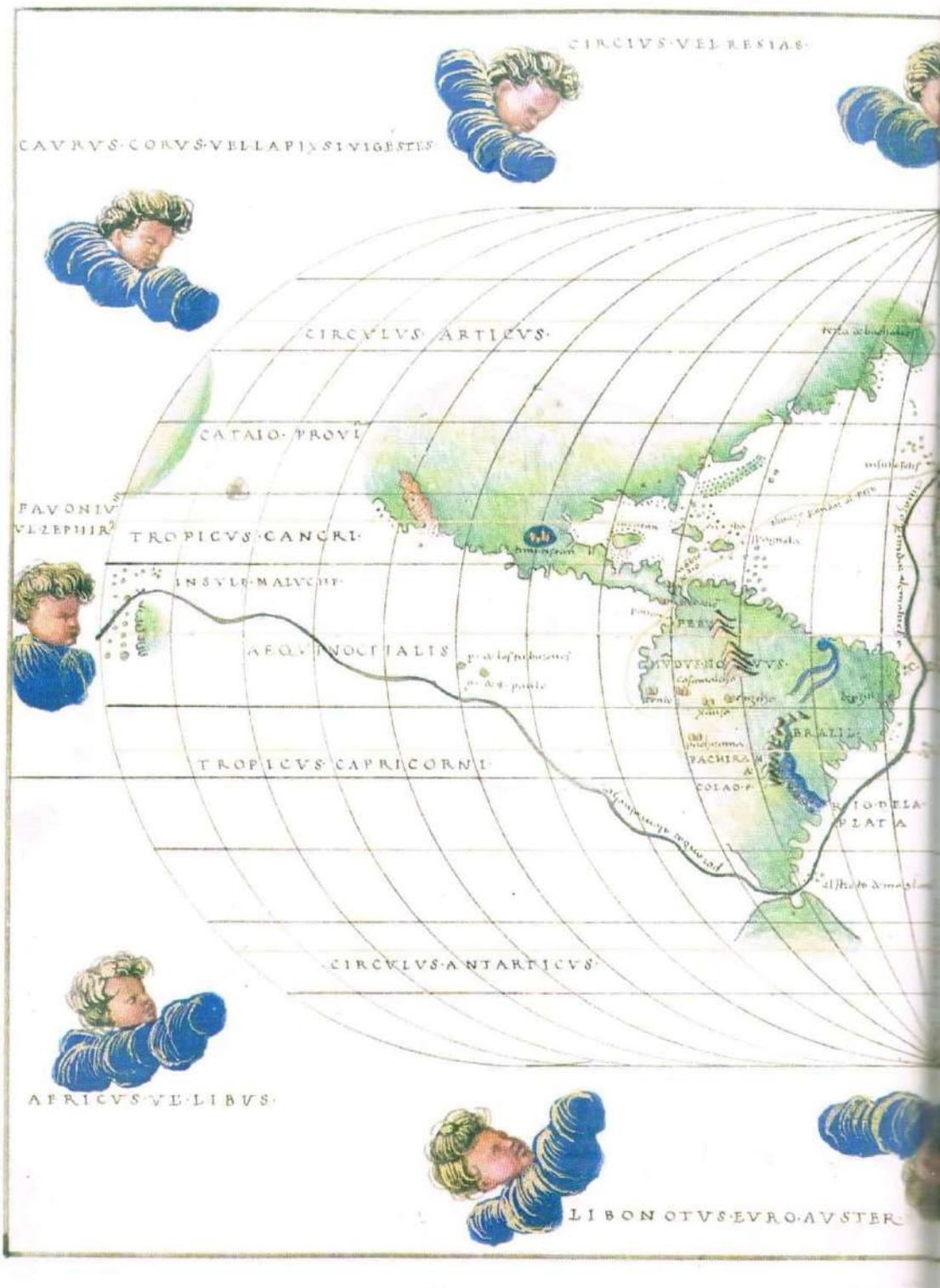
De *Hernando* a *Magallanes*

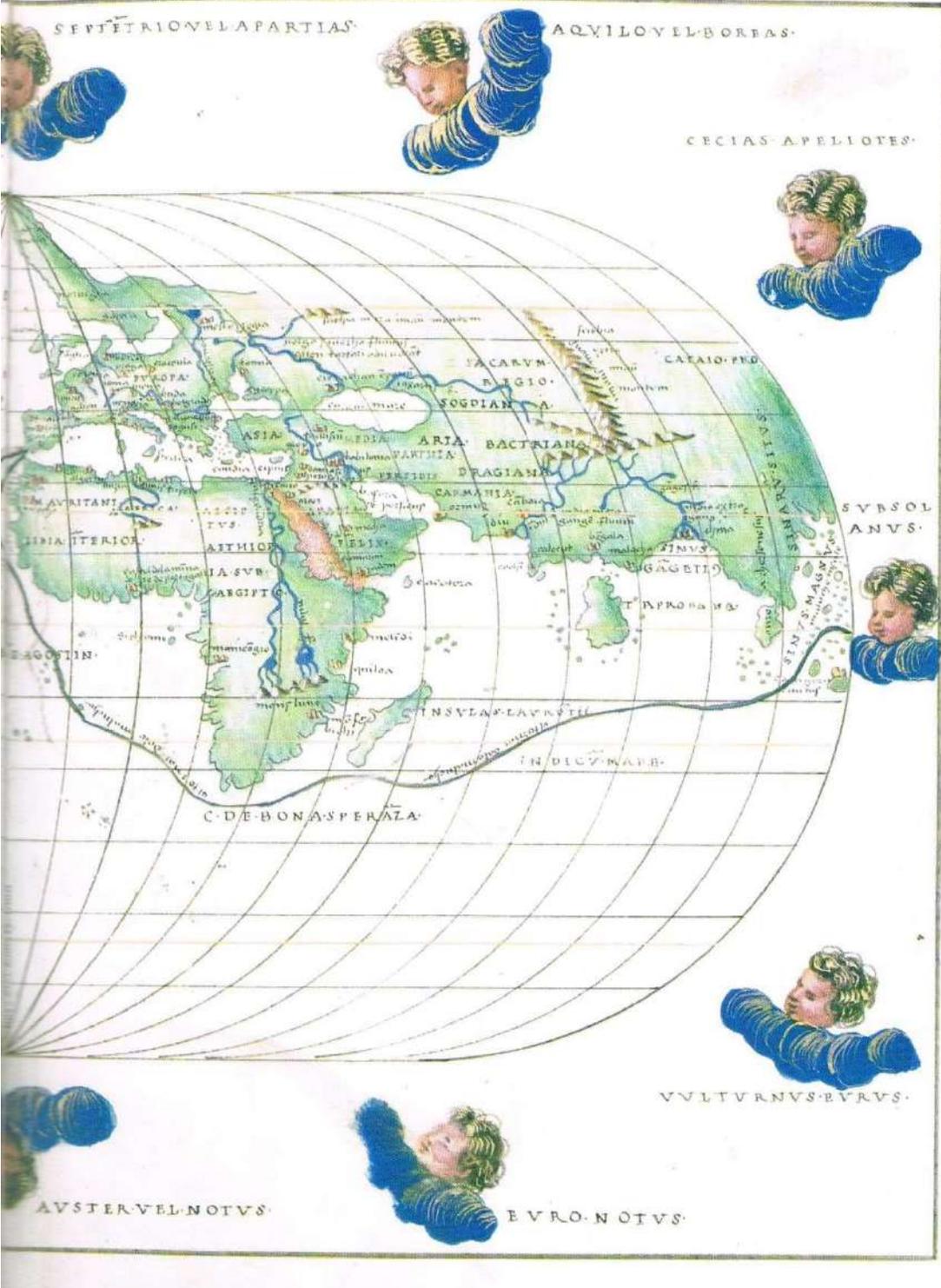
María José Cumplido

Ilustraciones de
Tiago Albuquerque



 **Vicens Vives**





Capítulo I

De Hernando a Magallanes

Hernando de Magallanes aparentaba ser un niño como cualquiera. Pasaba su infancia jugando horas y horas con sus vecinos, trepando a los árboles y haciendo travesuras junto a sus hermanos. Pero había algo que hacía a Hernando diferente: tenía una tremenda imaginación. Soñaba despierto con mundos fantásticos, jamás conocidos por ninguna persona; lugares lejanos a los que él llegaba primero gracias a su osadía. De mirada curiosa, baja estatura y muy enérgico, muchas tardes exploraba solo los verdes montes de los alrededores. Allí, a la sombra de los árboles, solía tenderse mirando el cielo, e imaginaba que las nubes eran olas. Y sobre un gran buque, el pequeño las surcaba valientemente.

Hernando nació hace más de cinco siglos en Gaia, al norte de Portugal. Sus padres, don Rui y doña Inés, eran nobles* y tenían una buena situación económica, lo que permitió a los integrantes de la familia vivir en una acogedora casa de dos pisos.

Pero esa vida libre de niño duraría poco: en esa época, jugar y pasarlo bien no era algo tan común como lo es hoy, pues la gente asumía responsabilidades desde muy temprana edad. ¡Pobre Hernando! Con tan solo 10 años tuvo que dejar su tierra y a sus hermanos para cruzar buena parte de Portugal, hasta llegar a la capital, Lisboa*. Era momento de comenzar a trabajar y a estudiar.

Qué sorpresa se llevó Hernando al ver la capital: ¡no se parecía en nada a su pequeño pueblo! Lisboa era enorme, con calles empinadas, casas pintorescas e incluso palacios donde vivían príncipes y princesas. No podía creer todos los rincones que ahora podría explorar. Observó las siete colinas de la ciudad, sus construcciones de distintos tamaños y las murallas que la protegían de los enemigos. **Pero de todas las cosas nuevas que vio, una de ellas lo dejó sin habla...**

› Las palabras marcadas con * las encontrarás definidas y explicadas en el glosario de la página 78 y siguientes.

Bajando desde lo alto de la ciudad, llegó hasta el puerto en el estuario del Tajo, donde se encontró con una multitud de marineros* y enormes barcos: naves de velas cuadradas, carracas* de velas redondas y carabelas* de velas triangulares parecían saludarlo mientras se balanceaban sobre la marea. Detrás de todo ese movimiento antes desconocido, Hernando comprendió que se abría un espacio apasionante, uno que estaba seguro de querer descifrar: a pocos kilómetros de distancia del puerto, se encontró frente a frente con la inmensidad del mar. ¿A qué lugares se podría ir en esos barcos? ¿Qué habría más allá del horizonte? **Esas preguntas comenzaron a rondar su cabeza y no lo abandonarían hasta su muerte.**





Pero por el momento, no podía hacer mucho. Era solo un niño y debía asumir el cargo que sus padres habían obtenido para él. Esto lo llevó a un lugar totalmente nuevo y misterioso: el palacio de la **reina Leonor**, esposa del rey Juan II. Juntos, ocuparon un lugar muy importante en la historia mundial, ya que fueron quienes firmaron con los Reyes Católicos el Tratado de Tordesillas, en 1494. Este tratado dividía el Atlántico con una línea imaginaria trazada de polo a polo, 370 leguas al oeste de la isla más occidental del archipiélago de Cabo Verde. Así, las zonas de navegación del hemisferio oriental pertenecían a la Corona de Portugal, y las del occidental a la de Castilla.

El palacio quedaba a pocos metros del estuario del Tajo, y al pequeño Hernando le pareció enorme. Con amplios espacios y pasillos que llevaban a lugares ocultos, mucha gente vivía y trabajaba ahí. Gente elegante... y otras no tanto. Detrás de cada puerta encontró una habitación distinta, y así conoció diferentes comedores, salas de actividades, escritorios y piezas para las personas que dormían ahí, incluso una para él.



Leonor de Viseu

(1458-1525)

Reina de Portugal entre 1481 y 1495. A los 12 años se casa con su primo Juan II, con quien tiene un hijo, Alfonso, el que no llegará a heredar el trono ya que muere muy joven en un accidente a caballo.



Hernando llegó al palacio como paje de la reina Leonor. ¿Sabes lo que es un paje? Era un joven de familia más o menos rica que se educaba para servir a los reyes. Los servicios iban desde ser secretario o ayudarlos a vestirse, hasta acompañarlos y llevar sus armas. En fin, un paje tenía que estar atento a cualquier cosa que se le pidiera, y en este caso, Hernando iba a ser educado para servir a la reina Leonor.

En esa época, casi ningún niño iba al colegio; de hecho, la mayoría no sabía leer ni tenía libros tan bonitos como el que tienes ahora en tus manos. La vida de ellos era muy difícil, porque tenían que cargar con deberes de adultos, como aportar con dinero a la casa, cuidar de los bebés de la familia y trabajar duro. Hernando tuvo la suerte de recibir educación, y a pesar de que al principio vivir en el palacio era entretenido —un lugar con muchas puertas y misterios—, con el tiempo dejó de ser sorprendente. Hernando había abierto todas las puertas, explorado todos sus rincones y conocido todos sus secretos. ¿Qué iba a hacer ahora?

La rutina lo empezó a aburrir. Todas las mañanas desayunaba junto a otros niños de su edad, se vestían con sus trajes —todos iguales, según lo exigía la etiqueta— e iban a clases. Los profesores les enseñaban hasta bien entrada la noche, momento en que se acostaban. Y así todos los días. El mismo ritual, las mismas personas y los mismos paisajes. Mientras, Hernando no perdía momento para mirar por la ventana, donde volvía a imaginar que las nubes cruzando el cielo eran enormes olas espumosas. Cada vez que tenía un minuto libre, corría al puerto a observar el mar. Allí podía dar rienda suelta a sus fantasías de explorar lo que aún nadie se había atrevido a descubrir. ¿Qué aventuras esperarían allí en los barcos?

¿Qué tipo de gente existiría en los lugares lejanos del mundo? Con esas preguntas volvía a la rutina del palacio y, algunas noches, se dormía con una gran tristeza. **Hernando no sabía cómo hacer para que sus fantasías no fueran solo eso: sueños de niño.**

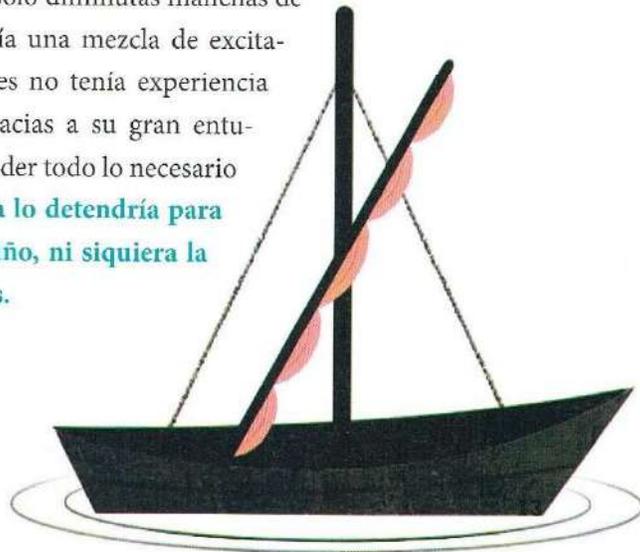
Lo que él no sabía era que, mientras estaba en Lisboa, en lugares muy distantes del mundo los portugueses estaban viviendo y preparando nuevas expediciones*. Hacía ya varios años que habían conquistado parte de la India, y varias zonas de África y Brasil. Todos los días se embarcaban jóvenes marineros que iban a recorrer nuevos territorios para comerciar y conquistar; y muchos de ellos se quedaban a vivir en esas ciudades extrañas para los europeos. Pero en esas tierras recónditas, a pesar de que muchas veces ni aparecían en los mapas, había personas habitándolas desde hace incontables años. Y claramente, ellos no veían con buenos ojos que llegaran estos forasteros portugueses a darles órdenes e invadirlos, ¡qué injusticia! Por eso, se enfurecieron y trataron de sacarlos de ahí.

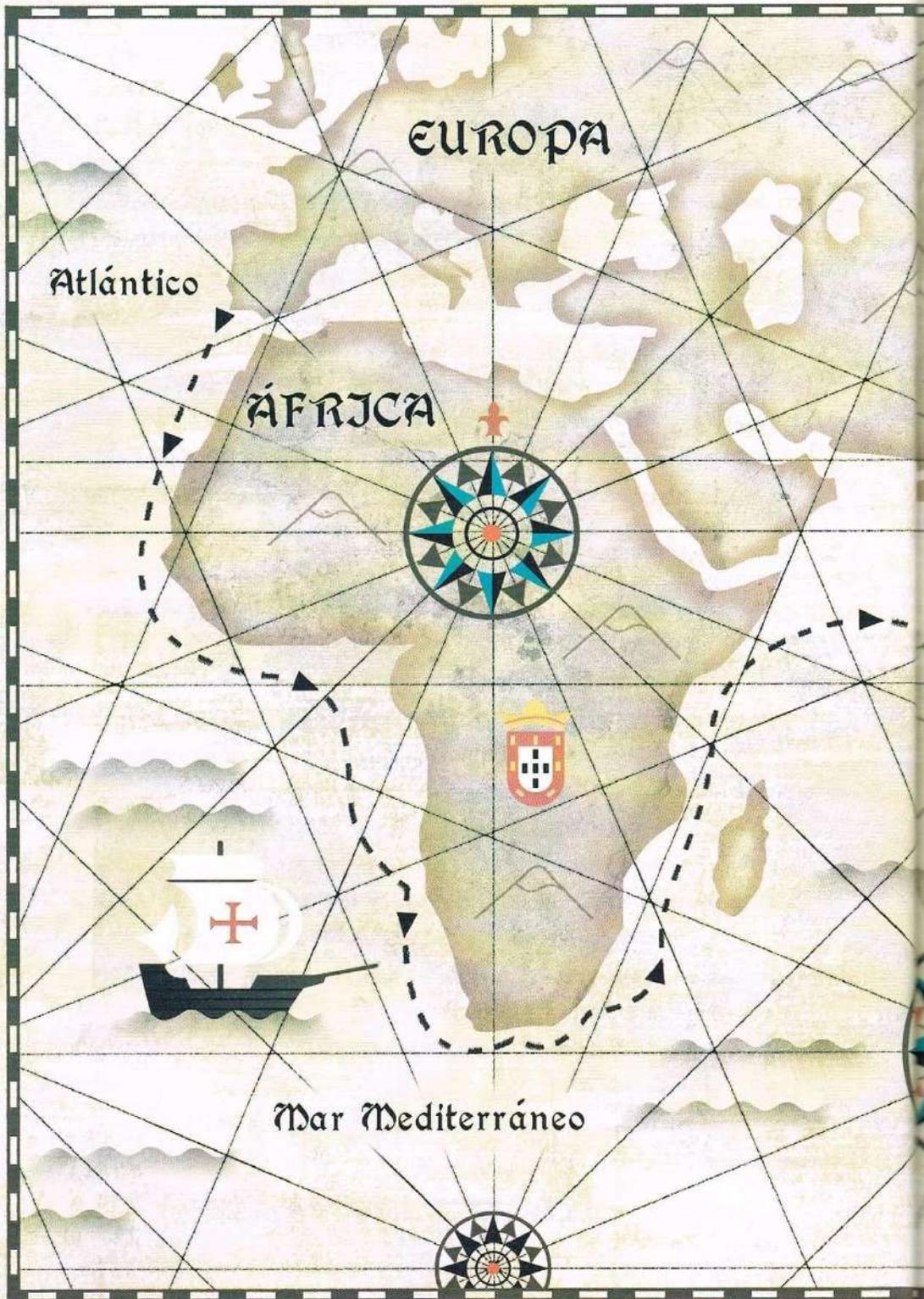
En este contexto, el rey Juan II muere y asciende al trono Manuel I*, hermano de la reina Leonor. El nuevo rey comenzó a preocuparse por estos ataques a sus compatriotas. Portugal quería crecer en territorios, y los habitantes de las tierras a invadir se lo estaban poniendo muy difícil. Sin pensarlo dos veces y poseído por la sed de conquista, el rey decidió buscar marineros y aprendices que tuvieran la valentía para subirse a los barcos e ir a la aventura. ¿Cómo se conformaría este arriesgado grupo? ¿Quién se atrevería a ir a un mundo tan lejano y diferente?

Pues pensaste bien: Hernando fue uno de ellos. Al enterarse de los planes del rey, comenzó a saltar por todos lados. ¡Era la oportunidad perfecta para lanzarse a la aventura y abandonar el aburrido palacio! Por fin dejaría de ser el joven mirando desde el puerto a los barcos partir. A su cabeza llegaron imágenes que lo llenaron de emoción: él conociendo tierras nuevas, repletas de animales y plantas nunca antes vistos. También se figuraba vistiendo elegantes ropas y haciéndose conocido en todos los pueblos y ciudades del mundo...

Con estas imágenes en su cabeza y aprovechando que ya tenía edad suficiente, Hernando corrió para alistarse en alguna expedición. Sabía sobre los peligros y pesares que podían traer viajes tan lejanos, pero eso no fue un impedimento para él. No había andanza a la que le tuviera miedo (bueno, quizá no tanto, pero si algo de miedo sentía, no importaba, ¡ya no se limitaría a solo imaginarse las olas en las nubes!).

Fue así como un día de marzo de 1505, el joven Hernando, con 25 años, se subió a un barco en el puerto de la ciudad y partió rumbo a nuevas tierras. Desde la nave, el puerto y las casas se iban haciendo pequeños, hasta transformarse en solo diminutas manchas de colores. Hernando sentía una mezcla de excitación y nerviosismo, pues no tenía experiencia en navegación, pero gracias a su gran entusiasmo comenzó a aprender todo lo necesario a bordo del barco. **Nada lo detendría para cumplir su sueño de niño, ni siquiera la peor de las tempestades.**



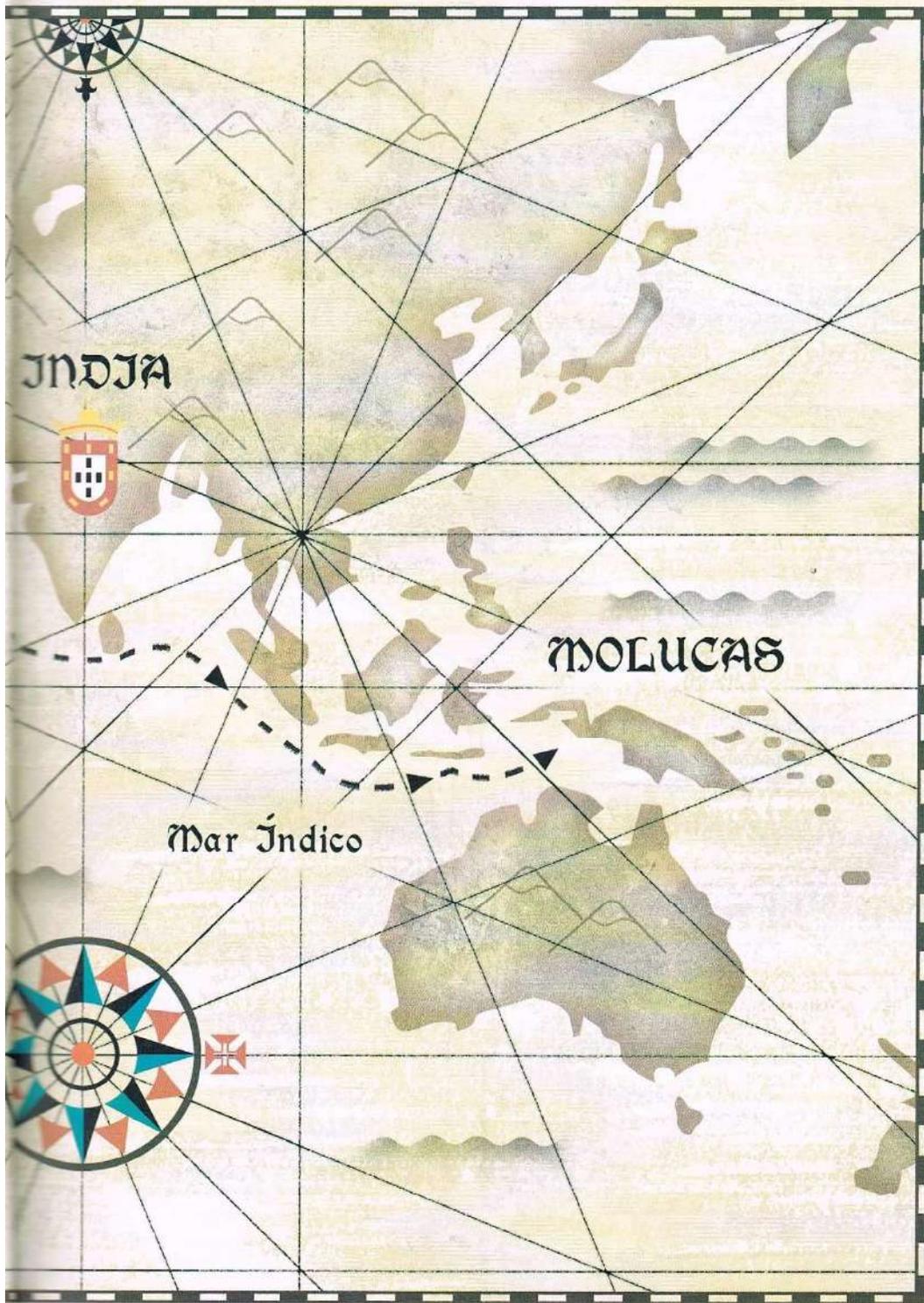


EUROPA

Atlántico

ÁFRICA

Mar Mediterráneo

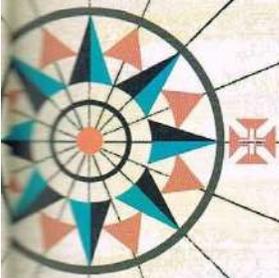


INDIA



MOLUCAS

Mar Índico



Hernando aprendió cómo tenía que usar las velas, cuál era el nombre de los vientos, cómo guiarse por las estrellas y a utilizar extrañas herramientas para conocer su ubicación. Y no solo eso: también entendió cómo ordenar y guardar las provisiones, alimentarse con lo justo y necesario, y conservar lo más importante para la tripulación: el agua y la comida. Su recompensa era verse rodeado del mar. Solo agua infinita que lo hacía sentir pequeño, pero también libre.

Este primer viaje llenó su corazón de emociones nuevas, y muy pronto volvió a embarcarse. Gracias a la experiencia que Hernando había ganado poco a poco, fruto de sus viajes y arrojo, **el alguna vez joven novato quedó atrás, para dar paso al adulto: ahora a Hernando sus compañeros de altamar lo llamaban “Magallanes”.**

Pero a pesar de que ya no era un simple aprendiz, las aventuras, a veces, traen peligros... y así fue su segundo viaje a África e India. En esta oportunidad llegó a Madagascar, una gran isla situada frente a la costa sudoriental de África. Allí los marineros descubrieron animales insólitos y una vegetación nunca antes vista, pero su objetivo no fue permanecer ahí: debían proseguir hacia Ceilán —una isla al sur de la India—, luego a Sumatra y después a Malaca, la ciudad más importante del imperio malayo .

Los portugueses se habían estado llevando bien con los malayos hasta este momento, e intercambiaban alimentos y comerciaban. Sin embargo, los malayos no tenían un pelo de tontos: ya sospechaban que los portugueses querían conquistarlos y no ser solo amigos. Por esto, los malayos comenzaron secretamente a organizarse para planear la mejor forma de expulsarlos. Si no era por las buenas, tendría que ser por las malas.

Nombres de los vientos:

Vientos del norte: **tramontana**

Vientos del sur: **austro**

Vientos del este: **levante**

Vientos del oeste: **poniente**



Instrumentos usados por Magallanes

Astrolabio:

Instrumento astronómico usado para determinar la altura y posición de las estrellas. Permitía saber la hora y averiguar la latitud. Este instrumento se creó al mismo tiempo del nacimiento de Magallanes.

Carta náutica:

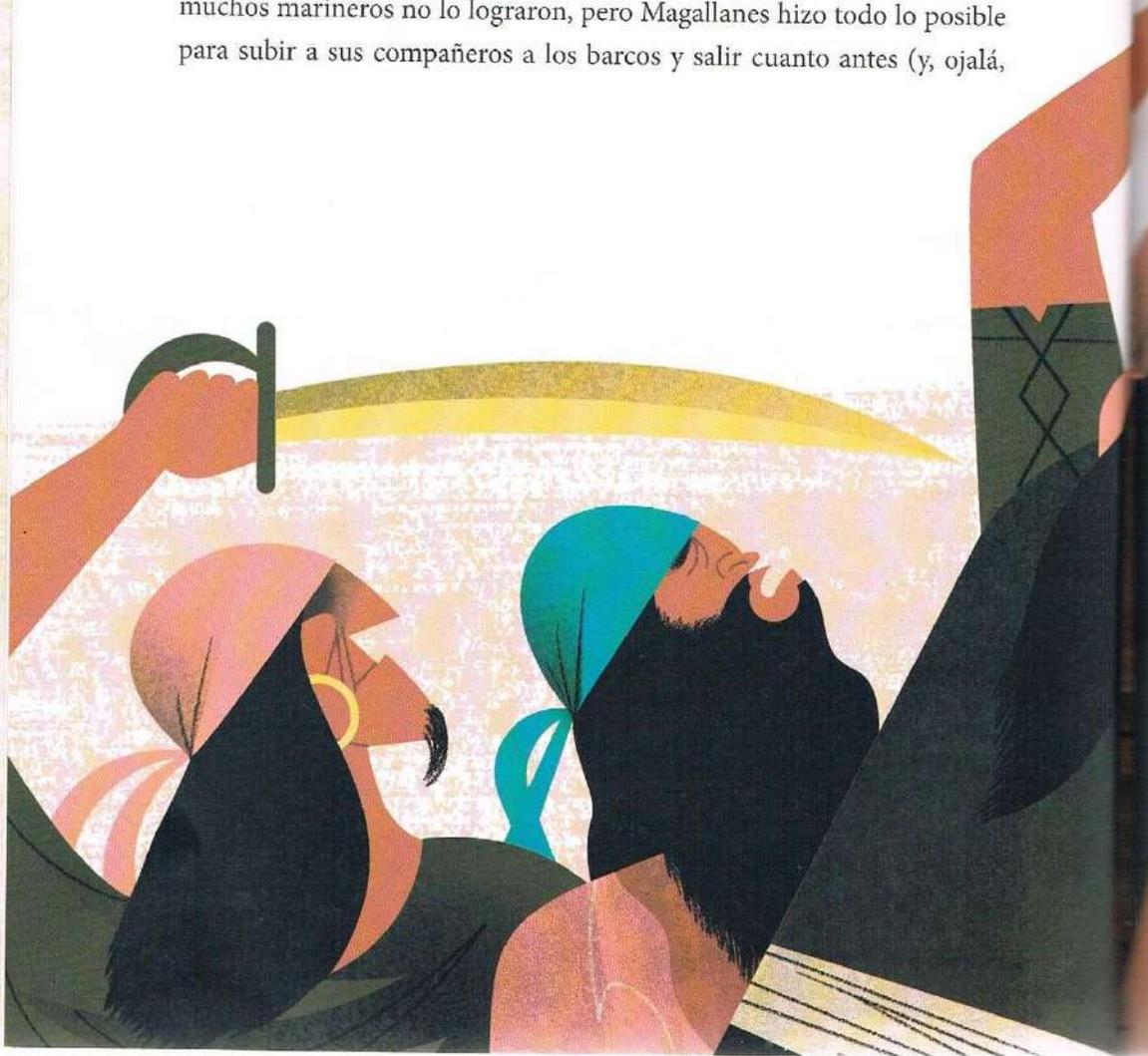
Esta carta muestra a escala las aguas navegables y las tierras aledañas. Posee datos útiles, como los peligros de ciertas zonas, profundidad del agua y puertos.

Cuadrante:

Antiguo instrumento que servía para medir la inclinación (los ángulos) con respecto a la costa o al sol, o respecto a lo que el marinero quisiera.

Obviamente, los portugueses no tenían intenciones de irse; les encantaba la ciudad y les interesaba que fuera de Portugal. Pero los malayos no lo permitirían tan fácilmente y se vieron en la necesidad de echarlos, aunque tuviera que derramarse sangre por la causa.

Magallanes fue uno de los primeros en enterarse de este complot*. Temiendo lo peor, tan pronto como tuvo conocimiento del mismo fue a hablar con el general de las embarcaciones para advertirle que sus vidas corrían peligro: ¡tenían que huir rápido del lugar! Lamentablemente, muchos marineros no lo lograron, pero Magallanes hizo todo lo posible para subir a sus compañeros a los barcos y salir cuanto antes (y, ojalá,





nunca más volver a esa ciudad con habitantes tan temerarios). Apresurados, partieron en distintas naves rumbo a su país natal, pero lo que no sabían era que en el camino les esperaban más amenazas...

De regreso a Europa, cuando pasaban por el sur de la India, los barcos comenzaron a hundirse sorpresivamente. ¡Lo que faltaba! La causa fue un peligroso arrecife* que no advirtieron y que terminó destruyendo parte de la embarcación. Rápidamente, los marineros se subieron a los botes de emergencia y abandonaron los barcos para salvar sus vidas. Ya en calidad de naufragos*, los pobres navegantes llegaron a una isla desierta donde no sabían ni siquiera si tendrían agua o comida suficiente. **¿Llegaría alguien a rescatarlos? Esta pregunta causó miedo en la tripulación.**

Los marinos con mayor poder y rango partieron a pedir ayuda a tierras cercanas. Magallanes no se unió a ellos, pues prefirió quedarse junto a sus compañeros para animarlos y que no se sintieran abandonados. Y, a pesar de su valerosa decisión, estaba preocupado: los días pasaban y en su rostro se reflejaban muchas de sus inquietudes, ¿y si no venían por ellos? Menos mal, la ayuda no tardó en llegar y lograron arribar a la India, donde prepararían un nuevo plan: volverían a Malaca para conquistarla. Pero esta vez no fallarían, y la revancha se materializaría con un ejército mucho más grande para vencer a los malayos. Así, en 1511, se libró una de las batallas más feroces que haya conocido esa ciudad. Cada esquina, cada calle y cada edificio fue el escenario de un combate donde los malayos perdieron por volumen, mas no por valentía.

Con su primer triunfo a costas, Magallanes regresó a Portugal, donde el rey lo premió con dinero y honores. Incluso le ofreció quedarse en el palacio y trabajar ahí como cuando era pequeño. ¡Pero ya conocemos a

Magallanes! Eso jamás lo haría feliz. En su cabeza, había un nuevo plan: explorar uno de los continentes más grandes y recónditos del mundo... África. Sin embargo, los peligros aumentarían incluso más, pues allí los portugueses llevaban mucho tiempo en guerra.

Al pisar tierras del norte de África —actual Marruecos—, las batallas comenzaron a ser pan de cada día. Los portugueses trataban de imponerse bravamente por un lado y, por el otro, los piratas musulmanes* buscaban expulsarlos y quedarse con el botín* : mucho oro y piedras preciosas que podrían hacer rico a cualquiera. En este escenario digno de película, Magallanes se unió a las batallas y mostró ser no solo un audaz marino, sino también un gran combatiente. En uno de esos combates, un pirata lo atacó clavándole una lanza en una pierna, lo que le dejaría una cojera para toda la vida. Después de todo, quizá no era tan buena idea ir a la guerra... Quizá, para Magallanes, las aventuras debían ser otras.

Al volver a Portugal, después de todas las adversidades vividas, Magallanes esperaba una pensión más alta que la que estaba recibiendo. Más de alguna vez le solicitó al rey Manuel I que la aumentara, pero esto nunca sucedió: el rey comenzó, poco a poco, a desdeñar a Magallanes.

Pero esto no empañaba las experiencias vividas por Magallanes, y fue así que escribió sobre todos los sitios que había conocido. Describió la flora y la fauna de lugares tan lejanos como la India, Malaca y África; y también a los extraños habitantes que conoció en sus andanzas. Y fue ahí, frente a la página en blanco luego de narrar todo lo que había visto, cuando se preguntó: **“¿Quedaré algo nuevo por descubrir?”**.

Capítulo II

¿Loco o visionario?

Muy dentro suyo, Magallanes intuía que aún quedaba mucho por descubrir. Sus hazañas surcando los mares y tierras lejanas le habían demostrado que el mundo era más grande de lo que se imaginaba. Disfrutaba revisando los mapas del mundo conocido, y muchos otros de las tierras que había descubierto Cristóbal Colón* en sus viajes. Y algo le hacía pensar que podía llegar a las islas Molucas* del norte (Tidore y Ternate), que tenían una gran cantidad de especias, por otro camino: una ruta inexplorada que lo haría conseguir fama y gloria, y también, nuevas aventuras. Tienes que imaginar que, en ese tiempo, los mapas que existían no eran como los de hoy, completos y confiables, sino que eran representaciones inconclusas, algo así como un libro al que aún le faltan páginas.

El problema con las Molucas del norte era que, según el Tratado de Tordesillas, no se sabía con claridad si la línea imaginaria que establecía dejaba a estas islas en la zona española o portuguesa. Y este detalle no era menor, ya que ambos reinos tenían una tremenda carrera en lo relacionado a los descubrimientos de nuevas tierras.

El plan de Magallanes era navegar hacia el oeste, encontrar un paso marítimo que cruzara América y continuar el viaje hacia el Oriente, donde podría obtener las apetecidas especias. Era, más o menos, la idea que tuvo en 1492 Cristóbal Colón, pero que, en vez de llegar a la India, encontró un nuevo continente que se extendía como una muralla inquebrantable. Era una aventura épica, para la que iba a necesitar muchos barcos, marineros y, por supuesto, mucho dinero. Y quién mejor que un rey para apoyarlo económicamente y escribir juntos un importante y nuevo capítulo de la Historia.

Por esto, Magallanes pidió al rey Manuel I barcos para navegar hacia el norte de las Molucas y reclamarlas para Portugal. Pero, como era de esperar, el rey se negó debido a la hostilidad que existía entre ambos. Magallanes necesitaba un rey que se atreviese a apostar por él, aunque su empresa no tuviese el éxito asegurado. Es aquí cuando el navegante se da cuenta de que, lamentablemente, jamás cumpliría sus sueños en su patria, lo que lo llevaría a renunciar a su nacionalidad y ofrecer sus servicios al rey de España Carlos I, nada menos que el rival de Portugal en la gran carrera de los descubrimientos del mundo.

Los reyes de España ya habían financiado numerosos viajes a América pero, ¿apoyarían a Magallanes, a pesar de ser portugués? Para tantear sus posibilidades, partió rumbo a Sevilla. Como Magallanes era una persona noble, cuando llegó a la ciudad española se alojó en casa de Diego Barbosa, tremendo viajero y experto en geografía. Además de ser un aliado para su plan, ambos se llevaban de maravillas. Y no solo eso: Hernando terminó casándose con la hija de Diego, Beatriz, por lo que su querido amigo se convirtió en su suegro. Magallanes había encontrado una familia con quien compartir sus aventuras y desventuras, y a una hermosa mujer a quien amar... aunque sabemos que su gran amor, aún no consumado, era aquel viaje que seguía dando vueltas en su cabeza.

En Sevilla, los reyes españoles tenían una gran oficina llamada Casa de Contratación, que daba los permisos para los viajes por el mundo, entregaba información sobre las distintas colonias* y comunicaba al gobierno de todas las propuestas de nuevas rutas. Magallanes había practicado mil veces frente al espejo su discurso para convencerlos de darle el dinero y la autorización para su empresa. Así, con el apoyo de su amigo Diego, partió una mañana hacia la Casa de Contratación.

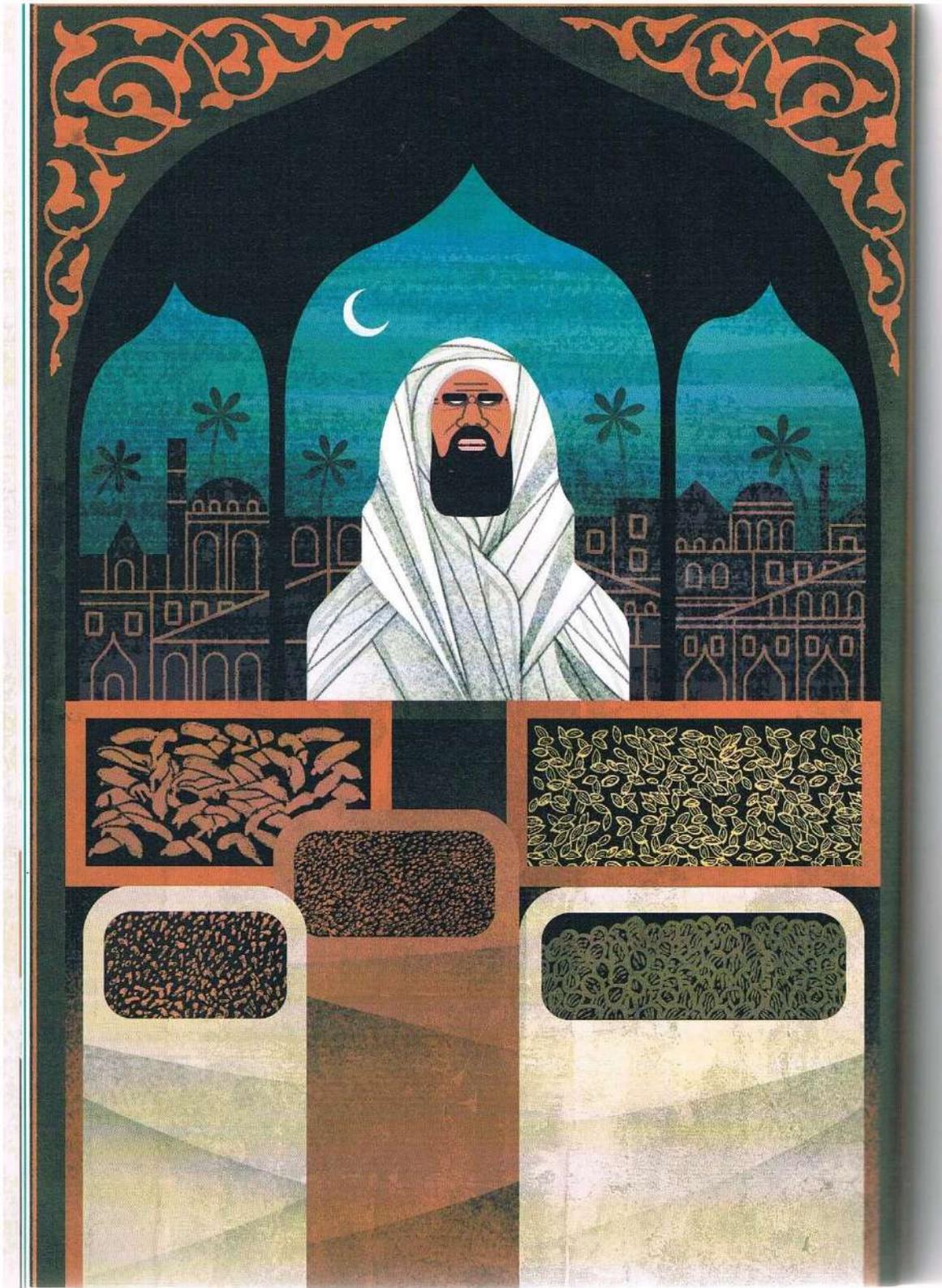
Eso sí, Magallanes era astuto y no revelaría todo su plan para que no lo copiaran. **¡Uno nunca sabe quién está espiando detrás de las paredes!**

Con una sonrisa, se sentó frente a los funcionarios, y les dijo con gran seguridad: “Necesito autorización para un viaje muy conveniente para España”. Los funcionarios escuchaban esto a diario y no demostraron demasiado interés: “Otro más que viene con el mismo cuento”, pensaron. Pero Magallanes continuó: “La idea es llegar a las islas Molucas y tener acceso a todas las **especias**”. Los oficiales, aburridos de escuchar esta cantinela una vez más, le preguntaron: “¿Ah, sí? ¿Y cuál es la novedad de su plan?”. Magallanes solo se limitó a responder: “Será por un camino totalmente nuevo, uno que no violaría las reglas del Tratado de Tordesillas. Podremos acceder a las especias viajando hacia el oeste”. No agregó ninguna palabra más y los funcionarios anotaron su propuesta y se despidieron de él.

Por supuesto que los funcionarios no se interesaron en un plan tan vago, además se preguntaban qué hacía un portugués queriendo trabajar para España, no tenía ningún sentido. ¿Existiría ese paso nuevo? Para ellos, Magallanes podía ser solo un mentiroso más que quería dinero para quién sabía qué. Y llegando a esa conclusión, decidieron no apoyar al extraño navegante.

¿Por qué las especias de esta región eran tan apetecidas?

Ciertas especias, hoy conocidas en todo el mundo, crecían originariamente solo en estas islas. Era el caso, por ejemplo, del clavo de olor, la pimienta y la nuez moscada, tan valiosas como el oro. Por esto, el control sobre ellas generaba grandes ambiciones y, con ello, grandes disputas entre británicos, holandeses, españoles y portugueses.



“¡Demonios!” alcanzó a exclamar Magallanes al enterarse de la negativa, preguntándose si acaso podría conseguir ayuda por otros medios. Pero por esas casualidades de la vida, un funcionario de la Casa de Contratación sí se interesó en su idea: Juan de Aranda. Él supo de su travesía, investigó sobre este personaje y confió en él, por lo que partió a conversar con Magallanes.

Juan era un apasionado y le entusiasmaba muchísimo la idea de recorrer el mundo. Ambos conversaron sobre el estado de las cosas, los viajes, las tierras lejanas y las colonias. Hubo tal entendimiento y complicidad entre ellos, que Magallanes decidió contarle su plan. Juan quedó atónito ante la idea, golpeó la mesa y dijo resuelto que lo apoyaría, costara lo que costara. **Se estrecharon las manos, y Magallanes le prometió que si resultaba, él sería parte de la expedición. El destino quedaba sellado.**

Mientras Juan realizaba las gestiones para conseguir que el heredero de la Corona, Carlos I de España, les prestara atención, justo llegó a Sevilla un personaje que será vital en esta historia: el cosmógrafo y astrólogo portugués Rui Faleiro. Hombre desconfiado y un poco desequilibrado, era un gran conocedor de los mapas del mundo. Al poner un pie en la ciudad se enteró del plan magallánico y entró en cólera. Ambos se habían conocido en un viaje bajo la bandera portuguesa, y Faleiro siempre esperó que Magallanes acudiera a él cuando emprendiera una nueva travesía. Al enterarse de que no lo había considerado, corrió a su casa para encararlo.

“¿Cómo es posible que quieras emprender un viaje solo y llevarte toda la gloria?!” le acusó Faleiro al verlo. Magallanes, que tenía una personalidad mucho más afable, no quiso entrar en peleas y decidió sumarlo a sus planes. Conociendo su mal carácter, era mejor incluirlo a tener

que soportar sus exabruptos^{*}. Además, era un marinero aguerrido, por lo que podría ser un buen aporte. Ahora serían tres socios: Hernando de Magallanes, Juan de Aranda y Rui Faleiro. El proyecto ya estaba tomando forma y debían continuar con el siguiente paso: llegar al rey de España.

Los tres tomaron sus equipajes y se encaminaron a Valladolid para hablar personalmente con los reyes Carlos I de España y su madre Juana I de Castilla. Magallanes no podía más de emoción, estaba feliz y expectante sobre el viaje, pues este se iba concretando cada vez más. En un arranque de alegría le ofreció a Juan la quinta parte de lo que ganaran por el viaje, ante lo cual Faleiro —que, como dijimos, era malhumorado y desconfiado— se enfureció. Faleiro no quería que este extraño tuviera tantas ganancias ni la simpatía de Magallanes, por lo que peleó y peleó. Magallanes intentó por todos los medios hacerle entender que Aranda era confiable y que los ayudaría a llegar hasta el rey. “¡No, no, no y no!” amenazaba Faleiro, por lo que a Magallanes no le quedó otra opción que sentarse a negociar. Finalmente, entre los tres acordaron que la octava parte estaría bien. A esas alturas, cualquier trato era mejor que tener que soportar el carácter de su compañero. ¡Qué hombre más agotador!

Ya en Valladolid, Magallanes comenzó a impacientarse. No lograban conseguir una audiencia con el rey Carlos I, y los días pasaban. El silencio de la Corona tomaba peso y empezaba a transformarse en agobio y desesperanza. “¿Qué diablos estarán esperando?”, se preguntaba todas las mañanas Magallanes. Hasta que un día, casi sin avisar, se enteraron de que serían recibidos. El plan se volvía a poner en marcha y Magallanes consiguió un globo terráqueo para presentar su plan de viaje.



Carlos I de España recibió a Magallanes y lo escuchó atentamente durante toda la sesión. Le hizo muchas preguntas referentes a la ruta que tomaría. “¿Por dónde irás?”, “¿Por qué por ahí?”, “¿Qué esperas encontrar?”, “¿Cómo estás tan seguro de eso?”. El interrogatorio irritó un poco a Magallanes, pero explicó cada respuesta de la manera más clara posible, recordando lo practicado durante horas frente al espejo. Le contó al rey que, al igual que África, él pensaba que el continente terminaba al sur,



y por ahí se abría un paso de mar para atravesarlo. Su hipótesis la sostuvo con su experiencia recorriendo el Oriente, pero a pesar de esto, todos lo miraban como si hubiese perdido la razón.

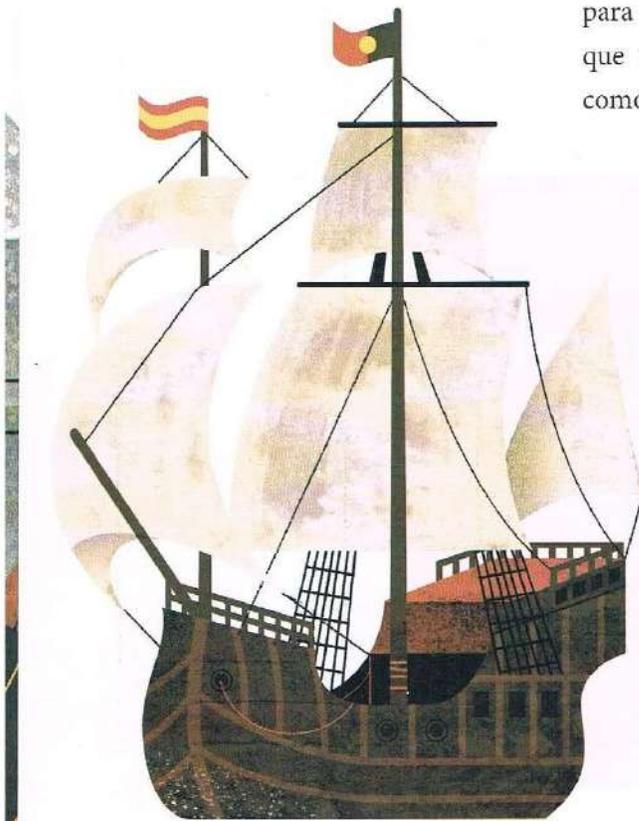
El rey se quedó pensativo, ¿estaba Magallanes delirando o era un gran visionario? Por experiencia propia, bien sabía que la línea que separaba estos dos estados era demasiado delgada. De pronto recordó



que, tiempo atrás, cuando Colón se había presentado, también lo tildaron de loco. ¿Y qué ocurrió al final? Pues nada menos que el descubrimiento de un nuevo continente. ¿Por qué no habría de darle una oportunidad a Magallanes? Luego de pensarlo junto a sus asesores, finalmente le dieron el sí.

Los tres compañeros de viaje no podían creerlo, ¡harían el viaje de sus vidas! El rey les dio para la misión cinco carabelas castellanas: *Trinidad*, *San Antonio*, *Concepción*, *Victoria* y *Santiago*. Las naves estaban deterioradas, pero Magallanes no se desalentó y dirigió los trabajos de restauración personalmente. Además, les entregaron una tripulación de más de 200 marineros, la cual no fue fácil de reunir debido a lo incierto del destino y a la larga duración del viaje. También les procuró alimentación

para dos años, y una serie de normas que tenían que cumplirse a bordo, como la prohibición de jugar naipes o



Nacionalidades de los tripulantes

- ⚓ 185 españoles
- ⚓ 37 portugueses
- ⚓ 23 italianos
- ⚓ 10 franceses
- ⚓ 4 flamencos
- ⚓ 2 griegos
- ⚓ 2 alemanes
- ⚓ 1 inglés
- ⚓ 1 malayo

a los dados, cuidar de que ningún tripulante renegara de Dios ni vendiera armas en tierra, y la de tratar “amorosamente” a los heridos. Si no encontraban nada, debían devolverse rápidamente... o morir de hambre en la mitad del mar. “Por supuesto que encontraremos el paso”, pensó Magallanes. Y sin titubear un segundo, comenzó a planificar la fecha para zarpar* y volver a lo que más amaba: el mar.

La noticia de la aventura recorrió toda la península ibérica hasta llegar a los oídos del rey Manuel de Portugal, viejo enemigo de Magallanes, a quien le cayó como un balde de agua fría. No podía creer que Magallanes estuviera trabajando para otra Corona y se indignó con él. Los celos le subieron a la cabeza y quiso boicotear* como fuese la expedición. Envío a sus embajadores a España para que conspiraran y hablaran mal de Magallanes frente al rey Carlos; así como también a otros representantes para difamarlo en los puertos e impedir el viaje.

El rey Carlos se enteró de esto, pero sabiamente decidió no hacerles caso. Él confiaba en el proyecto y sabía de los celos portugueses, por lo que no permitió que los rumores le hicieran dar marcha atrás. **El viaje se haría, y Magallanes ya estaba listo para zarpar.**

NAVE	TONELAJE	TRIPULACIÓN
Trinidad	110	62
San Antonio	120	57
Concepción	90	44
Victoria	85	45
Santiago	75	31
Tripulación total:		239

Capítulo III

**Para grandes logros,
grandes sacrificios**

Solo quedaban algunos “pequeños asuntos” más que arreglar antes de zarpar. Uno de ellos, era qué hacer con Faleiro: con un carácter insoportable, era cada vez más conflictivo. Magallanes estaba cansado ya de sus arranques de ira, sus trabas y su mal humor, pero necesitaba una buena excusa para no tener que pasar meses encerrado con él en el barco. Lo único que se sabía era que la salud de Faleiro no era muy buena. Quizá eso podía ser una buena razón para sugerirle al rey dejarlo en tierra, pensaba Magallanes algo angustiado con este problema.

El rey Carlos era un hombre sabio y muy astuto, y se dio cuenta inmediatamente de que Magallanes era mucho más confiable que Faleiro. Así que les propuso un trato: Magallanes se haría cargo del viaje, y Faleiro se quedaría en Sevilla sin perder sus ganancias en la expedición. Además, se le prometió comandar la segunda expedición futura por la misma ruta. Eso lo dejaría contento, ya que podía ganar dinero sin poner en peligro su vida. ¿Qué mejor? Faleiro aceptó y, así, más rápido y menos conflictivo de lo que pensaban, el trato hacía libre a Magallanes y le quitaba un gran peso de encima.

Por último, Magallanes escribió su testamento, donde les dejaba gran parte de sus ganancias a su mujer y a su familia. Sabía que el viaje era peligroso y que cualquier cosa podía pasar. Confiaba en sus habilidades y conocimientos, pero lo hizo como medida de precaución, pues no quería ver que su familia tuviera un mal pasar por sus aventuras. A fin de cuentas, ellos no tenían por qué cargar con su mente inquieta. Y él lo sabía. Una vez dispuestos los preparativos y dejando contentos a todos, Magallanes ya estaba listo para cruzar el océano y encontrar el famoso estrecho que, hasta ahora, solo existía en su cabeza.

10 de agosto de 1519. Las cinco naves estaban cargadas con los marineros y las provisiones. Las órdenes eran claras: Magallanes, quien capitaneaba la nave *Trinidad*, guiaría a los demás barcos. Solo debían seguirlo y mantener bien alimentados a los tripulantes. También les recordó a todos que no podían ir mujeres en los barcos, porque daba muy mala suerte. Una creencia bastante absurda que tenían los marinos en la época, pero bueno, la historia no se puede cambiar. Así es como el viaje empezó.



Entre los tripulantes iban dos personajes significativos para Magallanes. El portugués Duarte Barbosa, su cuñado, y el italiano Antonio de Pigafetta*, quien anotó, días tras día, todo lo que sucedía durante el viaje. Son esas notas las que nos han permitido saber cómo fue esta hazaña y poder contártelo ahora a ti. Muchos de estos valientes marineros fueron anónimos y, probablemente, nunca conoceremos sus nombres, pero sí las aventuras y desventuras que sobrellevaron en este largo trayecto para explorar el mundo y saber con certeza cómo se conformaba.

El viaje comenzó tranquilamente cruzando el océano Atlántico. Magallanes iba a la cabeza, y su nave llevaba siempre una farola para guiar a las demás. **Las noches eran oscuras y algunos días fuertes vientos azotaban las naves. Otros días, el mar parecía una taza de leche.**



“Hemos visto aves de diferentes especies: algunas parecía que no tenían cola; otras no hacen nidos, porque carecen de patas; pero la hembra pone e incuba sus huevos sobre el lomo del macho en medio del mar. Hay otras que se llaman cágasela, que viven de los excrementos de las otras aves y yo mismo vi a menudo a una de ellas perseguir a otra sin abandonarla jamás hasta que lanzase su estiércol, del que se apoderaba ávidamente. He visto también pescados que vuelan y otros reunidos en tan gran número que parecían formar un banco en el mar”.

Antonio de Pigafetta.

Relación del primer viaje alrededor del mundo (1524)

Si bien el clima no fue una gran dificultad durante este trayecto, los primeros roces entre los capitanes de las naves comenzaron muy pronto. Magallanes era un aventurero, una persona a la que le gustaba experimentar y probar cosas nuevas. **No quería guiarse por lo que ya conocía: esa fue una de las razones por las que comenzó este viaje hacia lo desconocido.**

Los marineros de esos tiempos no estaban del todo cómodos en alta mar siendo guiados por un hombre que no era tan claro en sus planes y que los

iba cambiando frecuentemente. Juan de Cartagena, quien capitaneaba la nave San Antonio, comenzó a cansarse de Magallanes. “¿Quién era este portugués extraño que no seguía una ruta fija? ¿Hacia dónde los llevaba?”, se preguntaba cada noche. Hasta que un buen día lo confrontó y lo increpó: “¡No mereces el título de capitán que tienes!”, le dijo iracundo. Magallanes, a pesar de que no le gustaban los conflictos, montó en cólera. ¿Qué se creía este español que se atrevía a dudar de sus capacidades y de él? No podía permitir esa clase de insultos. Así que, con su paciencia llevada al límite, mandó a encerrarlo y le quitó su poder en la nave. Primer problema resuelto... por ahora.

A pesar de este contratiempo, Magallanes no le dio demasiada importancia. Recluir a Cartagena quizá podía ser desproporcionado —al fin de cuentas, había sido solo una crítica—, pero pensó que serviría de ejemplo para que nadie más se atreviera a poner en tela de juicio sus habilidades. Era una lección para toda la tripulación. Y en un principio funcionó, ya que el viaje por el Atlántico prosiguió sin mayor novedad.

Al par de meses de haber comenzado el viaje, llegaron a Brasil, específicamente a la bahía de Santa Lucía —lo que hoy conocemos como Río de Janeiro—, donde bajaron a recargar provisiones y descansar luego de tanto tiempo navegando. Lo que encontraron allí fue bastante novedoso y extraño para nuestros viajeros. Se sorprendieron con la piña, la que nunca antes habían visto, y la describieron como un “cono extremadamente dulce”. También se dieron cuenta de que los indígenas que vivían allí no conocían varios de los objetos que ellos traían. De esta forma, los españoles e indígenas comenzaron a hacer trueques de cosas. Por ejemplo, un cuchillo podía ser intercambiado por tres gallinas, una peineta por dos gansos, o un espejo por pescado para 10 personas. Incluso, algunos tripulantes se aprovecharon de los indígenas y les cambiaban naipes por gallinas.

Magallanes se percató de que muchos marineros no eran del todo buenos con los indígenas, y les prohibió tajantemente que se los llevaran como esclavos. La tribu que encontraron en las costas brasileras se llamaba tupinambá* y eran muy pacíficos. No tuvieron conflictos con ellos, y Magallanes colaboró para que así fuera. No tenía sentido comenzar a batallar y perder a sus marineros. El objetivo no era conquistarlos, sino simplemente conseguir comida, descansar y seguir el viaje.

Estuvieron en esas tierras dos semanas, donde se sorprendieron conociendo distintos tipos de loros, descubrieron las hamacas* donde dormían los indígenas, observaron las grandes canoas* que usaban para transportarse, y les llamó la atención que no tuvieran pelo ni tampoco usaran barba (¡claro, pues se depilaban!). Era una cultura muy diferente a las que ellos conocían. Luego de este tiempo sosegado y de exquisito clima, se despidieron de los tupinambás y continuaron su rumbo hacia el sur del mundo.

Bajando por el mapa, llegaron a lo que hoy conocemos como Río de La Plata*, en Argentina. Desembarcaron en el cabo de Santa María, e impresionados por la magnitud de la desembocadura del río, llegaron a pensar por un momento que habían llegado al estrecho. ¡Pero se equivocaban! Ya era otoño y todavía no vislumbraban ningún estrecho, y las ansias de encontrarlo hacían que la tripulación a veces imaginara que habían llegado a destino.

Habían cruzado el Atlántico, navegado hacia el sur día y noche... y nada. El mar era inabordable y el continente, que hoy conocemos como América, parecía no tener fin. Todo esto preocupaba a Magallanes. No quería que los tripulantes se impacientaran y se rindieran tan rápido.

“La tierra del Brasil, que abunda de toda clase de provisiones, es tan extensa como la Francia, la España y la Italia juntas: pertenece al rey de Portugal. Los brasileros no son cristianos, pero tampoco son idólatras*, porque no adoran nada: el instinto natural es su única ley. Viven tan largo tiempo, que es frecuente encontrar individuos que alcanzan hasta los 125 y aun algunas veces hasta los 140 años. Tanto las mujeres como los hombres andan desnudos”.

Antonio de Pigafetta.

Relación del primer viaje alrededor del mundo (1524)

Y menos que lo obligaran a devolverse antes de tiempo. **Por otro lado, el invierno se avecinaba y las tormentas en esos lugares podían ser muy violentas, poniendo en peligro a sus marineros.**

Magallanes pensó durante varios días qué sería mejor para todos. Finalmente, decidió que lo más sensato era pasar el invierno allí. Para esto tendrían que limitar las raciones de comida, pues en las tierras cercanas no había tanta fruta ni animales como en Brasil. Tampoco sabían qué encontrarían más adelante ni cómo sería el invierno. Lo mejor era ser precavido e idear un plan para que la comida durase lo suficiente.





Con lo que Magallanes no contaba, era con el estómago exigente de la tripulación. “¿Qué significa eso de comer menos?!” alegó un marinero. “¡Hemos navegado meses junto a ti y ahora esto!” gritó otro. “¿Cómo puede ser que tengamos que guardar comida si tenemos más que suficiente?” remató un último tripulante. Estaban muy enojados y no querían ser obligados a pasar hambre. Pero ya conocemos a nuestro personaje, y sabemos que no daría ningún paso atrás. El plan era el mejor posible, y si todos tenían que comer menos, así sería. Al final de cuentas, lo importante no era atiborrarse de alimento, sino encontrar el estrecho. Magallanes los trató de convencer: “Para grandes logros, grandes sacrificios”. Mas lo que a los marineros les sobraba en desesperanza, les faltaba en osadía.

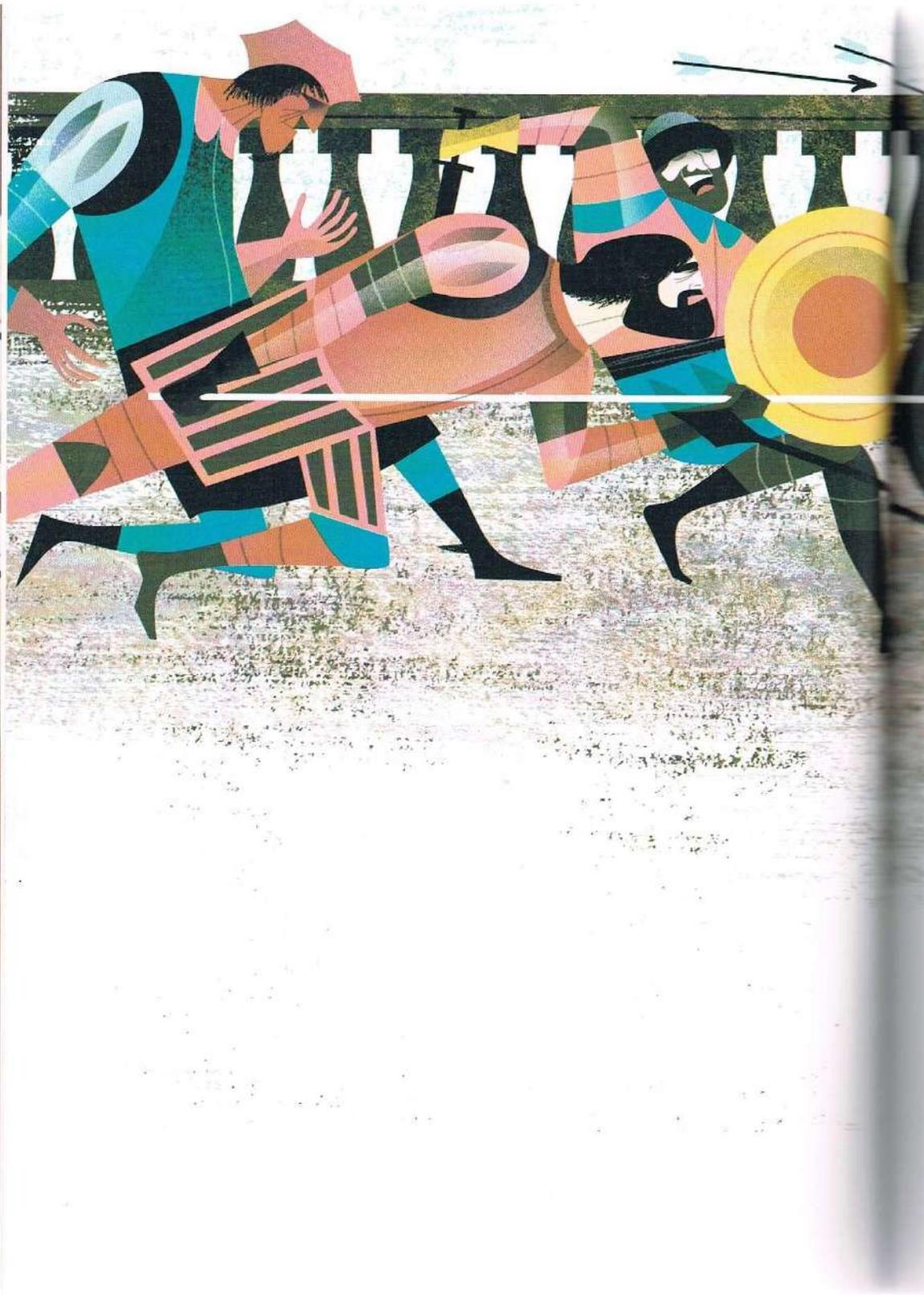
Los alegatos siguieron y Magallanes se mantuvo firme, no había nada más que discutir. Punto. Los marineros volvieron a sus barcos cabizbajos y un poco furiosos. **Y a partir de este momento, el cansancio y el hecho de no encontrar el estrecho, comenzó a cuajar en un gran complot contra Magallanes.**

“Magallanes nos quiere matar”, se escuchaba en susurros en distintos puntos de los barcos e, incluso, entre algunos marineros que estaban en tierra firme. Muchos tripulantes volvieron a dudar de las capacidades de su líder. Gaspar de Quesada fue uno de ellos. Él tenía preso a Juan de Cartagena, quien ya se había rebelado contra Magallanes al inicio de esta aventura. Como sabía que lo odiaba, Quesada lo liberó y comenzó a darles armas a los marineros más exasperados*. El plan era acabar con Magallanes, tomar los barcos y regresar a casa.

El complot se desató. Los tripulantes en contra de Magallanes se tomaron las naves *Concepción* y *Victoria*. Magallanes se enteró de esto al día siguiente, y la exigencia de los marineros de volver a casa fue detenida con un implacable: “¡Jamás! Le prometimos al rey de España que encontraríamos el estrecho y las promesas se cumplen. Si ustedes no quieren obedecer, habrá guerra entre nosotros”. Miembros de ambos bandos comenzaron una dura batalla, donde varios murieron. Se acuchillaron, se golpearon, se quemaron. La aventura parecía transformarse en una tragedia. Los amotinados eran muchos más de lo que Magallanes pensaba.

La única opción de Magallanes era seguir siendo inclemente, pues se jugaba nada menos que el futuro de la expedición. Coherente con esta determinación, decidió tomar las naves que quedaban y atacar con toda su artillería para, junto a valientes compañeros, abordar las naves sublevadas. Los marineros gritaban por el rey de España y por la expedición, mientras acallaban el motín. Magallanes inmediatamente tomó prisioneros a Quesada y los demás líderes. Ahora necesitaría dar un ejemplo aún más impactante para que nadie más se atreviera a confrontarlo. La traición se castigaría con mano dura y se pagaría caro. Fue así que sentenció a muerte a Quesada y al resto de insurrectos. La tripulación vio horrorizada cómo sus excompañeros de aventuras perdían la vida por desafiar el plan. El silencio fue absoluto. Muchos marineros celebraron la victoria, otros respetaron a sus compañeros muertos... y uno que otro continuó sospechando de Magallanes.

Sea como fuera, la disciplina se había impuesto, así como también la autoridad de Magallanes. **La hazaña continuaría, y seguiría deparando grandes sorpresas y más intrigas.**





Capítulo IV

**Gigantes, tierras en
llamas y una nave
llamada *Victoria***

Magallanes despertó preocupado. Temía que sus marineros volvieran a sublevarse y esperaba que su dureza calmara los ánimos inquietos de quienes mantenían dudas sobre su liderazgo. Tampoco pretendía que lo vieran como un villano. No lo era. Solo quería mantener su promesa y llegar al estrecho, pero, ¿dónde rayos estaba? ¿Por qué no lo encontraban?

Estos pensamientos invadían la mente de nuestro capitán. El tiempo pasaba y la incertidumbre pesaba sobre el ánimo de todos. Comida quedaba, pero no como para hacer festines. El invierno no los soltaba y el mar seguía bravo. Quizá Magallanes estaba siendo muy impaciente... ¿y si acaso el estrecho no existía? Más de alguna vez se lo preguntó, pero era mejor no escuchar a esas voces desesperadas. Tenía que seguir adelante, él sabía que sí existía, lo sentía muy dentro de sí.

Las tormentas y el oleaje continuaban siendo un peligro para las embarcaciones. Era mejor avanzar lentamente y explorar estas tierras desconocidas. Magallanes llamó al portugués Juan Serrano, capitán de la nave *Santiago*, y le pidió que fuera a reconocer la bahía de San Julián*, donde se encontraban pasando el frío invierno. Le ordenó que navegara hacia el sur y tratara de encontrar entradas de agua; y si sospechaba que estaban cerca del estrecho, que volviera inmediatamente a informarle sobre sus descubrimientos. No debían estar lejos, de eso estaba muy seguro. Juan también tenía dudas —todos las tenían—, pero confiaba en Magallanes. Fue así que organizó a sus marineros y partió hacia el sur, nunca arriesgándose mar adentro sino bien pegado a la costa, por si pasaba cualquier calamidad. **Nunca, pero nunca, hay que fiarse del mar.**

Al principio de este pequeño viaje exploratorio no se divisaron tormentas. Navegando hacia el sur, Juan Serrano se encontró con una entrada de agua importante, tanto así, que podía incluso ser el estrecho. La nombró Santa Cruz y decidió entrar en ella para explorarla. Al poco tiempo, lamentablemente se dio cuenta de que no era el esperado estrecho, sino un simple río. “¡Qué desilusión! ¿Dónde está el paso?”, se preguntaban todos ya cansados y algo hambrientos. Con la decepción de no encontrar nada, Juan Serrano se dignó a dar la media vuelta, pero los sorprendió un temporal terrible. **Vientos avasalladores, lluvias torrenciales y un frío que calaba hasta los huesos, no dieron respiro a la tripulación.** A los pocos días de tormenta, la nave estaba completamente destruida y Juan, junto a sus marineros, se encontraron varados en un suelo desconocido.

Durante ocho días estuvieron allí, alimentándose de hierbas y otras plantas que encontraron. Algo debían hacer si no querían morir de hambre. Decidieron entonces intentar regresar por tierra al lugar donde los esperaba Magallanes. La nave ya estaba perdida, pero no podían rendirse, habían viajado durante mucho tiempo como para perder la fe en ese desolado lugar. Hambrientos y cansados, comenzaron a caminar y durante varios días lo hicieron sin parar, hasta que, por fin, encontraron a las demás embarcaciones. ¡Vaya tesón! Allí le contaron a Magallanes lo que les había sucedido: básicamente, que no se veía por ningún lado el famoso estrecho. Esto alarmó a todos. Magallanes decidió abastecerse y reparar bien todas las embarcaciones por si, al continuar la marcha, se topaban con temporales furiosos como el narrado por Juan. Ya había transcurrido un año desde que zarparon desde Sevilla, y si aún no estaban cerca, tendrían que navegar hasta quizá cuánto tiempo más. Siempre, hacia el sur del mundo.

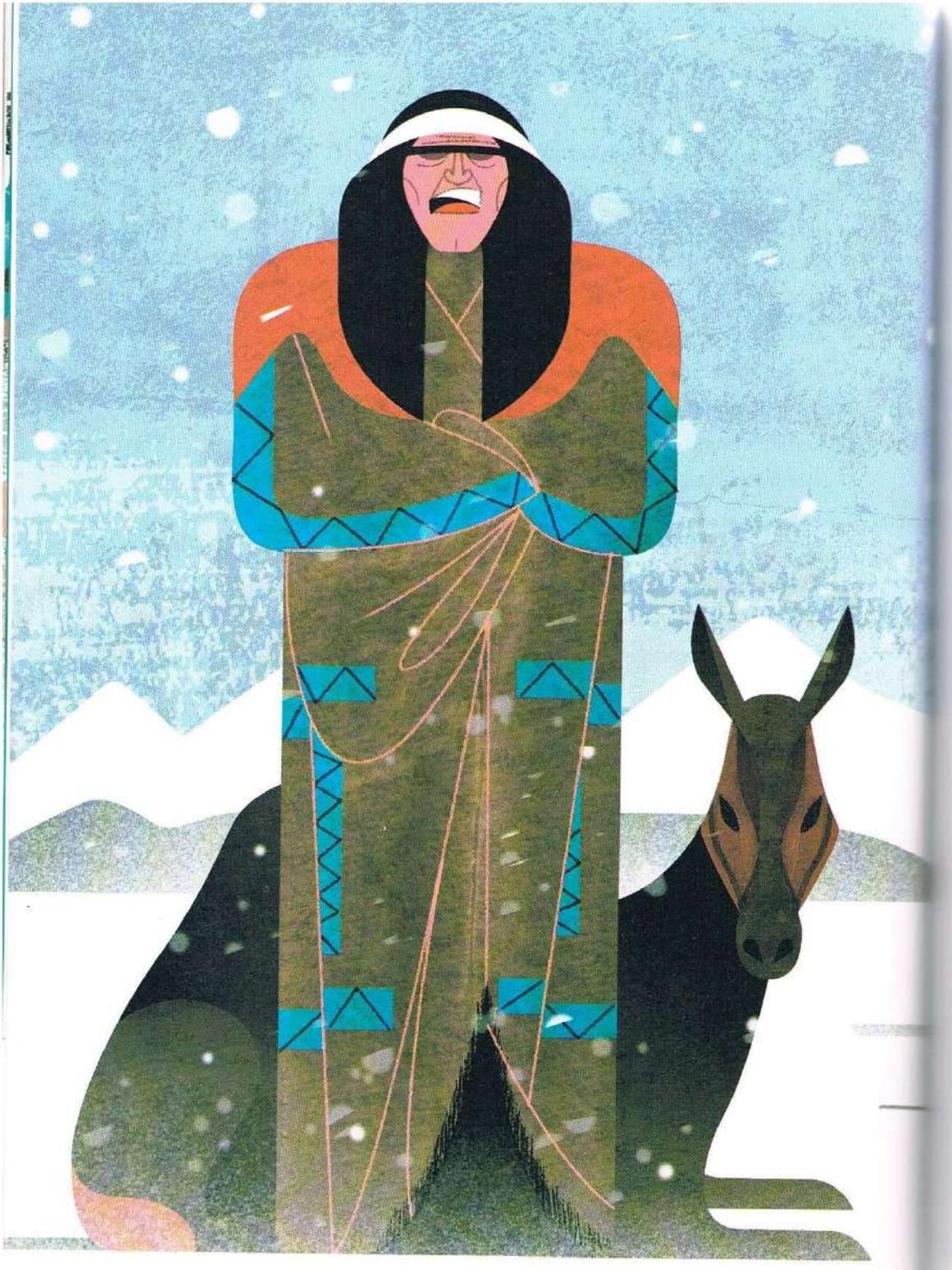
Mientras recomponían las naves, varios marineros bajaron a tierra a explorar un poco más la zona. Casi todos creían que esa región estaba despoblada... hasta que un buen día, se toparon inesperadamente con un hombre. Y no era cualquier hombre. **Al verlo, muchos de los tripulantes pensaron que lucía como un verdadero gigante. Algunos, de hecho, aseguraron que sus cabezas llegaban hasta la cintura suya.** Debe haber sido impresionante este insospechado encuentro: el gigante tenía su rostro pintado de rojo y el contorno de sus ojos delineados de amarillo; llevaba el cabello rociado con un polvo blanco y, en cada mano, traía un arma: en la izquierda un arco, y en la derecha unas flechas.

“¿Quién era este hombre de proporciones increíbles?”, se preguntó Magallanes. Ya habiendo conocido a distintos pueblos, sabía que debía aproximarse amablemente y, ante todo, no provocar. Lo último que le faltaba era comenzar una guerra con un pueblo extraño.

“Un día apareció de improviso en la playa un hombre de estatura gigantesca, casi desnudo, que, bailando y cantando se echaba arena en la cabeza. Dispuso Magallanes que fuese un hombre a tierra con encargo de imitar al salvaje en sus movimientos, en señal de paz. Comprendió aquel que no íbamos en actitud hostil, y se dejó conducir a una isla vecina, donde estaba nuestro jefe con varios de los nuestros”.

Antonio de Pigafetta.

Relación del primer viaje alrededor del mundo (1524)



Detrás de este extraño individuo aparecieron varios más. Al parecer, todos pertenecían a la misma tribu, ya que físicamente se parecían entre ellos. Las aproximaciones fueron sin irrumpir ni mostrar hostilidad. Los españoles se acercaron a los indígenas con gentileza: les dieron objetos misteriosos para ellos —como cascabeles o peines—, los subieron a las naves para que las vieran de cerca, ¡y grande fue su impresión cuando se vieron frente a un espejo! Se fue formando un estrecho vínculo entre estos gigantes y los marineros, siempre cautelosos de no despertar el enojo de los desconocidos. Pero, ¿quiénes eran y cómo se llamaban? No tenían cómo saberlo. Ninguno hablaba el idioma del otro ni podían comunicarse con señas. Eran simplemente extraños sin nombre, pero por sus estaturas y colosales pies, los españoles los llamaron “patagones”¹. Algunos se interesaron mucho



Gigantum regio

A partir de esta denominación surge el nombre "Patagonia", al igual que la idea de que los habitantes de esa zona eran gigantes. De hecho, los mapas del Nuevo Mundo muchas veces agregaban el texto "gigantum regio" ("región de los gigantes") para describir el lugar.

por las curiosas costumbres europeas, y uno incluso terminó siendo bautizado como “Juan Gigante”. Magallanes quería llevarse a algunos de ellos a España para que fueran conocidos allá, pero eso solo sucedería si lograba encontrar el estrecho y regresar victorioso. Aun así, algunos patagones se quedaron en los barcos y posteriormente acompañaron a los viajeros en sus aventuras.

Las naves ya estaban listas para continuar el viaje. No había más tiempo que perder. Así, con las cuatro naves que quedaban, retomaron el rumbo en búsqueda del paso.

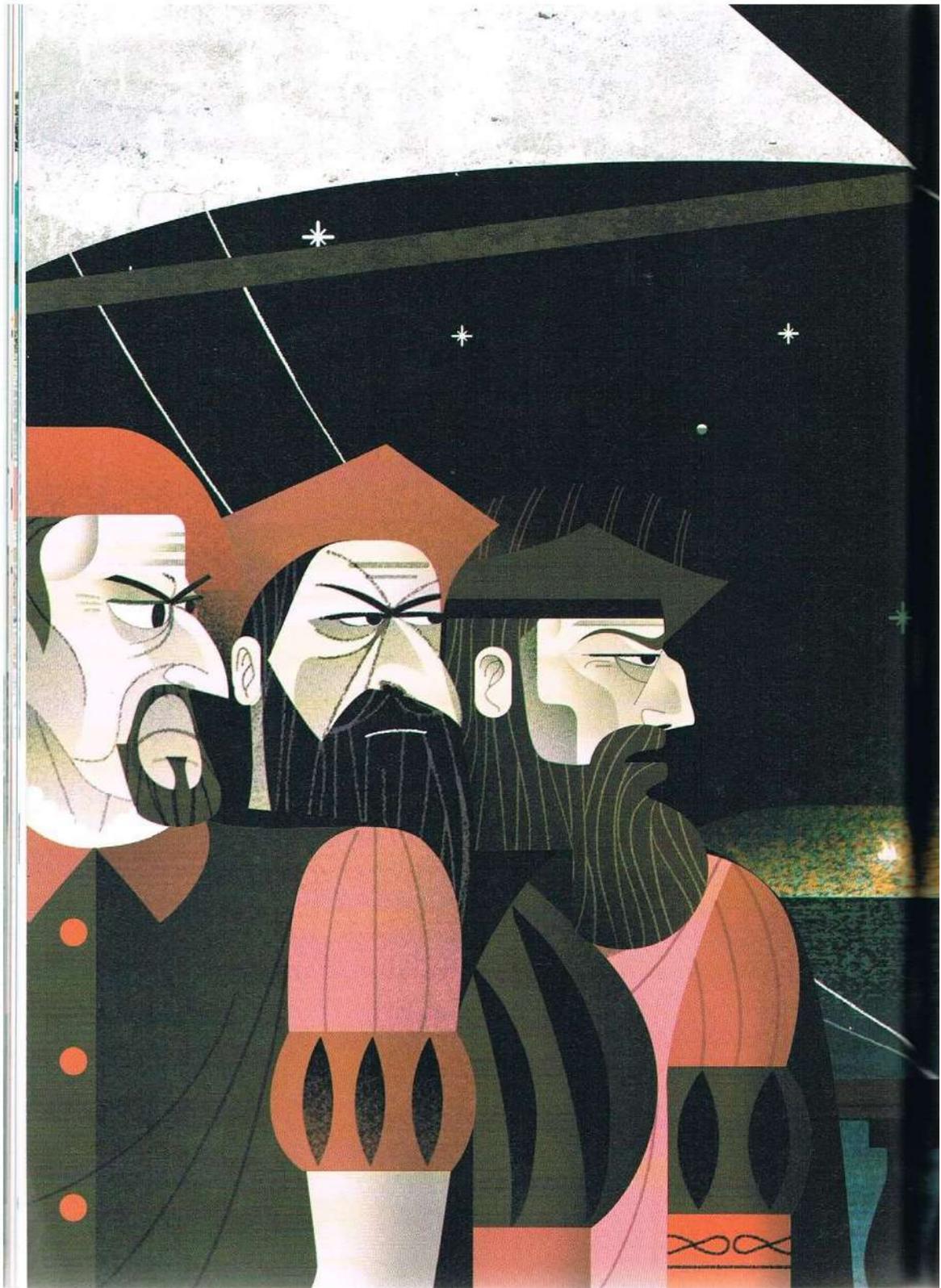
Algunas noches después, como si las sorpresas no hubiesen sido suficientes, una imagen los dejó boquiabiertos: en tierra, no muy lejos de las naves, vieron decenas de llamas de fuego ardiendo, cual pequeñas estrellas. **¿De dónde venían? ¿Quién prendía este pequeño firmamento nocturno?** Aunque muchas veces, cuando el sol salía, bajaron para observar si había rastros de ellos o de otras tribus, lo único que encontraron fueron los restos de las fogatas, pero ningún rastro de vida humana.

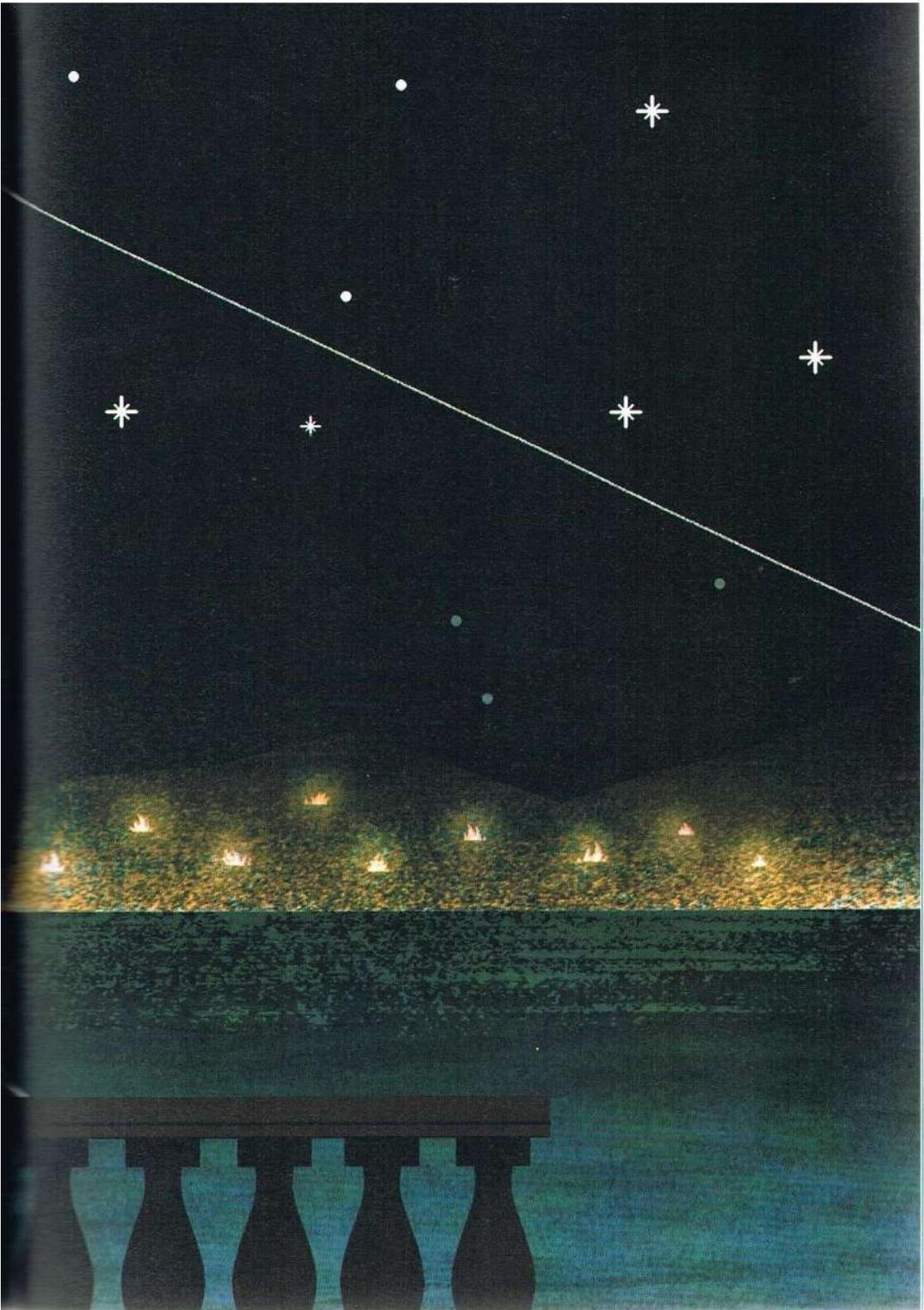
Varias semanas pasaron hasta que volvieron a toparse con los patagones, pero no con los hombres amistosos que habían conocido, sino con unos que, al verlos, inmediatamente los apuntaron con arcos y flechas y los atacaron. Algunos marineros perdieron la vida en este ataque imprevisto, pero como los españoles iban mejor armados, mataron a cuantos patagones alcanzaron. Luego, prendieron fuego a lo que quedaba. Al resto de estos gigantes fue imposible encontrarlos, pues se ocultaron en rincones recónditos. Todo en estos lugares resultaba misterioso e impredecible.

Magallanes, mientras tanto, no se dejaba inquietar por estos acontecimientos. Indígenas más o menos, ¿qué importaba? No estaba realmente interesado en este pueblo nuevo, solo quería llegar pronto al paso que había prometido. Y lo que era más difícil: hacerlo antes de que la tripulación se sublevara o que, incluso, lo asesinaran. Cualquier otro evento —temporales, indígenas o peleas entre sus marineros—, le parecía un fastidio y una causa de retraso inútil. Lo único que le alegraba el día a día era que la primavera se acercaba y traería consigo un mejor clima y, también, un mar más calmo... ¿sería eso suficiente? Así lo esperaba con ansias.

No hay nada más reconfortante que el buen tiempo luego de un temporal, y a Magallanes esto le brindó esperanza. ¡Tenía buenos palpitos! Al poco navegar, se encontraron con un cabo y una entrada de mar. Magallanes lo nombró cabo Vírgenes. ¿Sería esta la entrada al anhelado estrecho? La orden fue entrar y que las naves se separaran para explorar. Si se encontraban con el estrecho, era la oportunidad de Magallanes para alentar a sus tripulantes y, por fin, demostrarles que tenía razón en lo que decía.

Pero el entusiasmo de Magallanes tendría que atravesar, otra vez, una nueva dificultad. A lo lejos se avecinaba una tormenta que venía directamente hacia ellos. Prepararon las naves para resistirla, esta vez ninguna podría ser destruida. La tormenta llegó con fuerza y arremetió contra ellos sin piedad. En medio de este caos, Magallanes logró ver una angostura y decidió entrar en ella, pues intuía que este paso era el estrecho que tantas adversidades le había traído. El plan ya estaba trazado.





El tiempo comenzó a calmarse pero, por el contrario y como venía siendo la tónica de esta aventura, los problemas no. Surcando las aguas no tenían modo de averiguar si este paso de agua conectaba con el océano Pacífico*. Tampoco sabían dónde irían a llegar ni con qué se encontrarían. La incertidumbre era una constante que habitaba en la cabeza de Magallanes, y, por cierto, en la de todos los tripulantes. Día tras día y noche tras noche, la esperanza y la desesperanza batallaban en sus fantasías. Y esa batalla a veces inclinaba la balanza a zonas peligrosas, zonas que podían acabar con esta larga travesía. Lo único claro era que quedaba comida para tres meses, que la vegetación de la región era pobre y que los vientos se tornaban cada vez más gélidos. Abundancia no se veía por ningún lado, y tuvieron que volver a racionar los víveres.

Ya sabemos cómo se comportan las personas cuando tienen miedo y mucho desaliento. Y sabemos también que el hambre empeora todos esos sentimientos. Magallanes, nuevamente debió verse enfrentado a este problema. Esteban Gómez, uno de los tripulantes, ya estaba harto del viaje y no creía que el canal por donde navegaban tuviera salida. Estaba hambriento y no le encontraba sentido a seguir insistiendo en la búsqueda de un estrecho que, para él, era un invento de Magallanes. **Fue así que comenzó a sembrar la idea de volver a España y abandonar al capitán portugués a su suerte.**

Magallanes había mandado a las naves a explorar el paso: muchas islas, mucha agua y ningún habitante. Solo se encontraron con las fogatas nocturnas, razón por la que nombró a la zona como **Tierra del Fuego***. Por su parte, varios tripulantes solo ansiaban volver a sus hogares. Ya

tenían suficiente. Esteban Gómez aprovechó esta extenuación y logró convencer a los marineros para tomar la nave *San Antonio* y dar media vuelta. ¡Qué cobardía! De las cinco naves iniciales, ahora solo quedaban tres. ¿Lograrían llegar con vida? ¿Dónde diablos estaban?

Los resultados de las exploraciones eran desoladores. No sabían si estaban dando vueltas en círculos o si se encontraban en una gran entrada de agua. **Ahora, con una nave menos y muchos marineros desesperados, la situación se hacía insostenible.**

Si bien originalmente se le nombró “Tierra de humos”, el rey Carlos I luego le cambió el nombre a “Tierra del Fuego”. Las hogueras vistas en esta región eran utilizadas para combatir el gélido clima austral por los indígenas selknam (u onas, en yagán) y los yaganes. Gracias al fuego y a su temperatura corporal un grado mayor a la nuestra, no morían congelados. Estas hogueras las llevaban incluso sobre las canoas, medio gracias al cual se trasladaban y cazaban animales del mar.



Magallanes recibía las noticias con pesar. Le quedaba un último intento para encontrar la salida y comprobar si estaban atravesando un estrecho. Fue así que mandó a la *Victoria* a navegar al sudoeste para explorar la zona. Viendo alejarse a la nave en el horizonte, rogó para que volviera con buenas noticias. El tiempo, la comida y la paciencia se terminaban...

Algunos días después, Magallanes divisa a la *Victoria* regresar. Desde lejos, no alcanzaba a distinguir qué clase de noticias traía y la inquietud lo invadía: si habían encontrado el paso, debían surcar los mares rápidamente... y si no, ¿qué hacer? ¿Continuar con la tripulación hambrienta y enojada? ¿Era hora ya de rendirse?

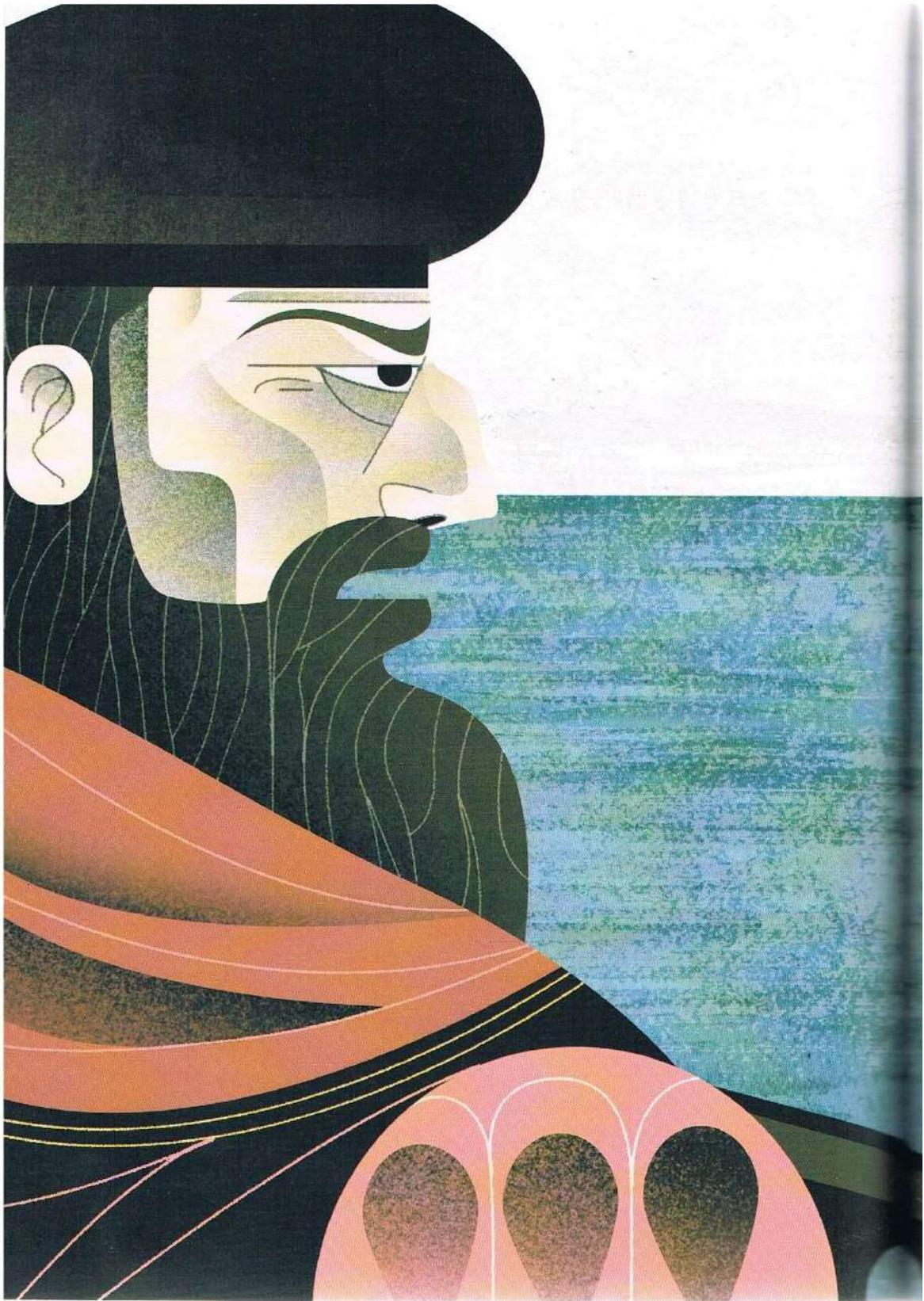
Pero estas dudas pronto se disiparon, pues los marineros volvieron contando que se habían encontrado con un cabo. Y que, a lo lejos, ¡vieron lo que parecía la salida hacia un océano, donde el mar se expandía hasta el infinito! Continuaron acercándose y no divisaron tierras, ni islas, ni patagones... solo el océano inmenso. **Y, en ese instante, los marineros gritaron: “¡¡Un cabo, hay un caboooo!! ¡Es la salida!”.**

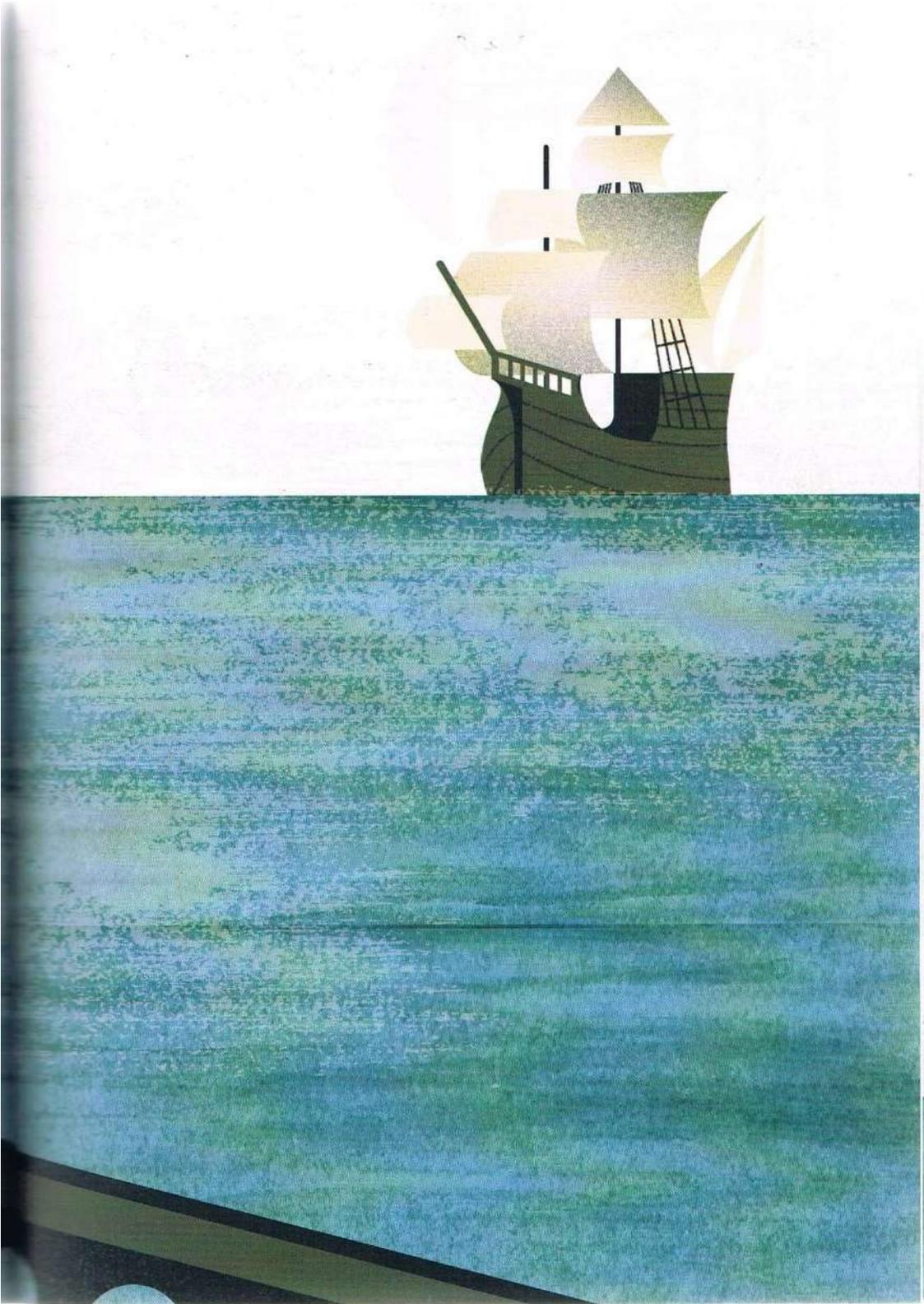
Magallanes dio rápidamente la noticia a todos sus marineros. Los gritos de júbilo se escucharon en todas las naves. ¡Habían encontrado la salida! ¡Era el codiciado estrecho que tanto buscaron! Ya era noviembre y los llantos de alegría se multiplicaron entre los tripulantes. Tras un mes cruzando el paso, por fin habían encontrado la salida. Ahora que sabían de su existencia, debían hacer dibujos, mapas y planos antes de llegar a las islas Molucas, para luego regresar a Europa y dar la buena nueva.

“Miércoles 28 de noviembre,
desembocamos por el Estrecho
para entrar en el gran mar,
al que dimos en seguida el
nombre de Pacífico...”.

Antonio de Pigafetta.

Relación del primer viaje alrededor del mundo (1524)





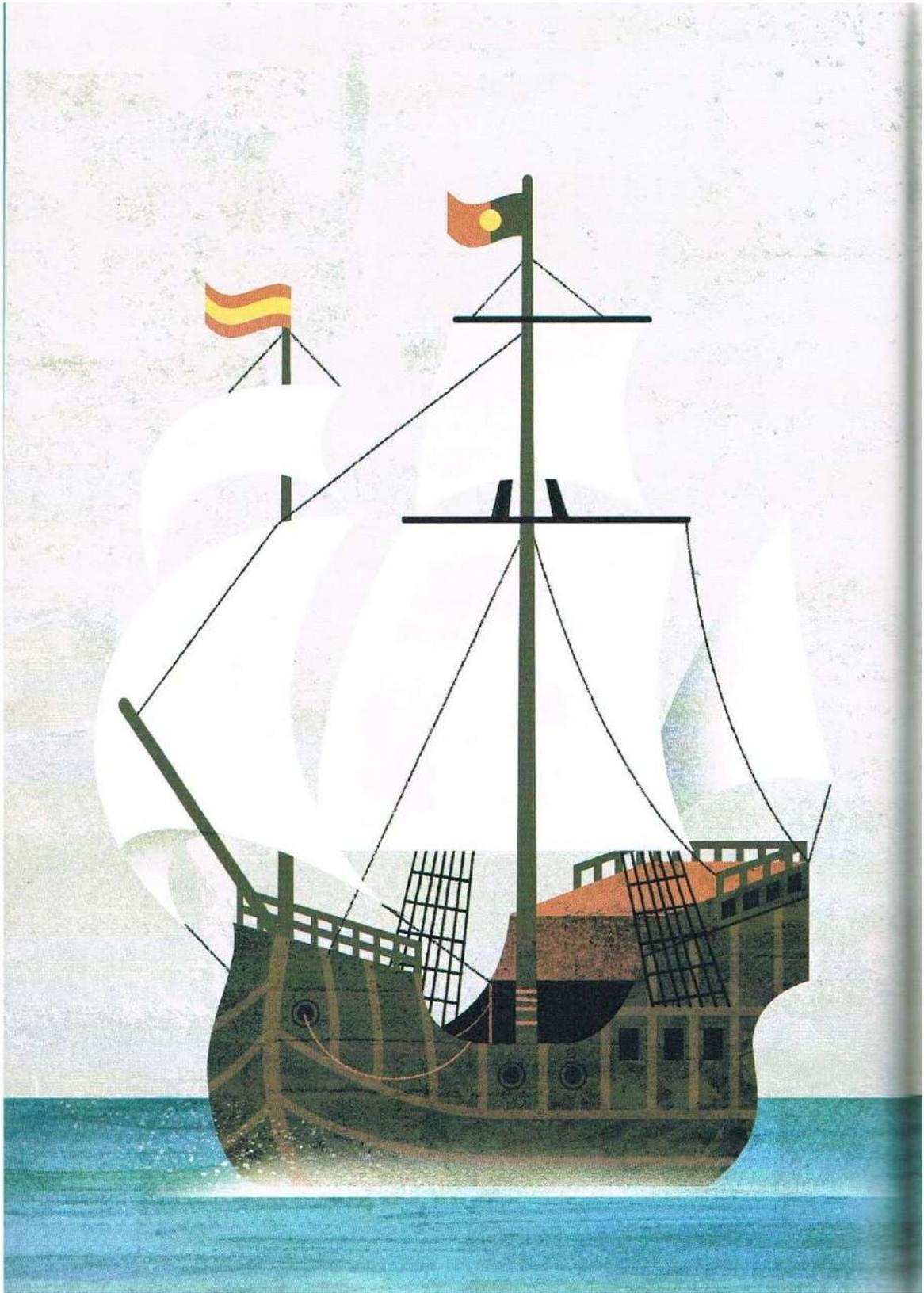
Capítulo V

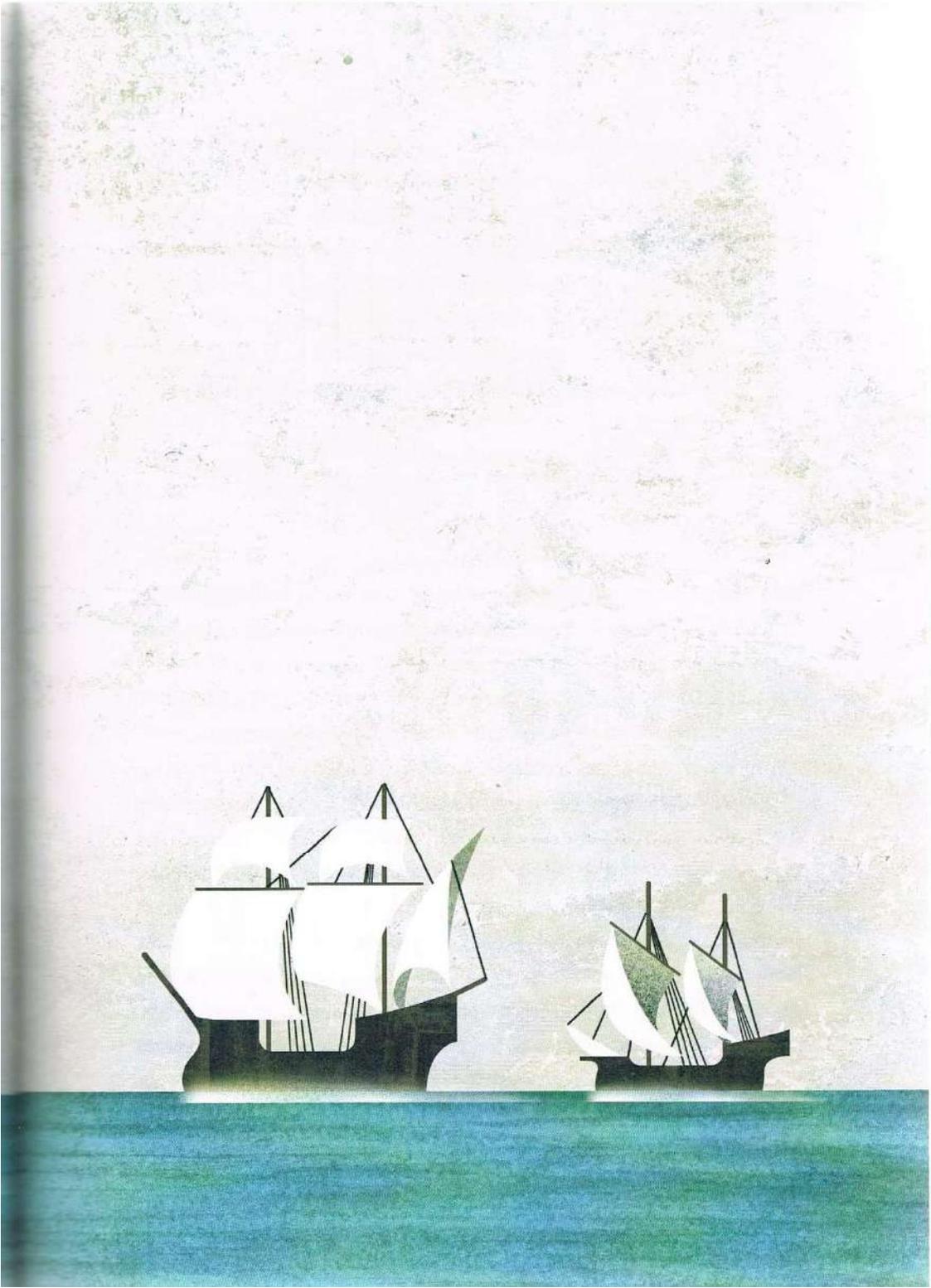
**Contra viento
y marea**

La entrada al océano trajo alegría y esperanza a la tripulación. El mar se abría hacia el infinito con una calma que les extrañaba. Ya estaban hartos de las tormentas, del mar embravecido, de los vientos a gran velocidad y de la lluvia que no les daba descanso. Ahora, continuaban la aventura a través de un océano tranquilo, como taza de leche, al que le llamaron Pacífico. Magallanes se sentía orgulloso de su descubrimiento y se paseaba entre la tripulación satisfecho. Los marineros ahora confiaban en él ciegamente: siempre había tenido razón, solo que la paciencia en condiciones extremas es un bien escaso.

El plan siguiente propuesto por Magallanes fue seguir navegando hasta llegar a las islas Molucas. Allí cargarían las naves con especias y volverían a España llenos de riquezas a anunciar los descubrimientos. Los peligros habían pasado —o al menos eso creían— y no había ningún obstáculo que los separara del regreso al hogar. Todo resultaría perfecto, pensaba Magallanes. Luego de hacer algunos cálculos en los mapas y analizar bien la situación, decide continuar el viaje por el océano en búsqueda de las especias y las famosas islas orientales.

Navegaron día y noche, semana tras semana, sin atisbar absolutamente ningún rastro de la isla. Los cálculos de navegación estaban mal realizados, y la tripulación había tomado un camino larguísimo e inesperado hacia Asia: la Tierra era mucho más grande de lo que Magallanes pensaba. Durante al menos tres meses solo vieron mar: nada de humanos ni, menos, comida. La tripulación comenzó a enfermar al no ingerir frutas ni verduras frescas, y sus encías se inflamaban al punto de que no se les veían los dientes. Esta dolencia es lo que conocemos como escorbuto*, causada por la falta de vitamina C*. **Otros marineros tuvieron altas fiebres y, muchos de ellos, murieron. El panorama era tremendamente desolador.**





“El miércoles 28 de Noviembre salimos del estrecho, entrando en pleno Océano, por el que navegamos tres meses y veinte días. En ese tiempo no pudimos hacer víveres, habiendo sido forzoso alimentarnos con lo que había en los barcos; la galleta quedó reducida a un polvo agusanado, que exhalaba un olor nauseabundo; los ratones llegaron a ser preciados manjares, pagándose medio escudo por cada uno; a veces comíamos viruta*”.

Antonio de Pigafetta.

Relación del primer viaje alrededor del mundo (1524)

Pero ya sabemos cómo ha sido este viaje. La paciencia lo es todo, y si la tripulación se mantenía firme ante el desastre, era probable que alguna luz de esperanza apareciera y los salvara de los desvaríos del destino...

Luego de estos tres meses de pesadilla, por fin atisbaron algunas islas. Bajaron en una rápidamente, donde pudieron recolectar víveres para continuar el camino. Sin embargo, de repente, divisaron a algunos hombres acercándose a toda velocidad sobre sus canoas, directo hacia sus embarcaciones. Los españoles, que ya tenían experiencia en el contacto con pueblos extraños, los recibieron de la mejor manera posible. Así, logran intercambiar víveres por objetos nuevos para ellos —como bonitas telas y espejos—, pero estos hombres no eran tan pacíficos. Muchos fueron sorprendidos saqueando alimentos y otras cosas, e incluso se robaron una chalupa*. Ante esto, Magallanes dejó las buenas maneras, ordenando que lanzaran a todos los hombres por la borda y que volvieran a sus islas en sus canoas. Pero estos indígenas continuaron con las hostilidades y los atacaron con piedras y flechas, a lo que los marineros contraatacaron con artillería, alejándose rápidamente de allí.

Esta escena se volvió a repetir en islas cercanas del archipiélago constituido por las islas Molucas. Cada vez que intentaban desembarcar, llegaban indígenas a tratar de saquearlos. Estos ataques constantes complicaban la recolección de víveres, por lo que los tripulantes se pusieron sumamente agresivos. Ante cualquier embestida, reaccionaban violentamente matando a los pobladores y quemando sus ciudades para luego alejarse persiguiendo mejor suerte. En general, buscaban cocos, arroz y distintos tipos de papas, alimentos que duraban largo tiempo en los barcos y que eran muy nutritivos para la tripulación. Seguramente, para los indígenas estos alimentos eran igual de valiosos. Sin embargo, Magallanes, enfurecido con estas reacciones, nombró a este grupo de islas como “islas de los Ladrones”.

Siguiendo el camino por Asia, se encontraron con muchos archipiélagos. Las islas estaban por doquier. **Pero la pregunta era, ¿qué tan seguro era desembarcar? ¿Los seguirían atacando constantemente?**

Fue así que llegaron hasta una isla conocida como Zuluán. Allí anclaron y se encontraron con una población amigable dispuesta a intercambiar objetos con ellos. ¡Por fin dejarían de escapar! Gracias a estos habitantes, pudieron conseguir comida: los hombres de Zuluán estaban fascinados con lo que traían los españoles. Pasó lo mismo en la siguiente isla, donde mostraron sus armas de fuego, distintas telas y armaduras*, y los habitantes los recibieron con cordialidad y, claro, alimentos. En esa isla, la población tenía un rey, conocido como el rey de Cebú*, muy interesado en estos extraños visitantes. Con él, Magallanes pudo comunicarse y le contó toda su experiencia en el estrecho, mostrándole los mapas y explicándole todas las aventuras sufridas para llegar hasta allí. También le hablaron del cristianismo* y hasta bautizaron a muchos habitantes. El rey los recibió bien y les dio comida durante todo el tiempo que estuvieron allí.

“A la hora de cenar trajeron dos grandes platos de porcelana, uno con arroz y otro con carne de cerdo quisada; bebimos en las mismas escudillas* que en la comida, y cuando acabamos, fuimos al palacio del rey, que tiene la forma de un montón de heno, cubierto con hojas de plátano y sostenido por cuatro vigas bastante altas; se sube por una escala de mano”.

Antonio de Pigafetta.

Relación del primer viaje alrededor del mundo (1524)

Pero el tiempo corría y Magallanes se estaba entreteniéndose demasiado tiempo con estos hombres. Muchos marineros le recordaron que el plan era llegar pronto a España, por lo que decidieron continuar rápidamente el viaje. Pero antes de partir, surgió un problema (¡otro más!): los lugareños les comentaron que un pueblo cercano no quería convertirse al cristianismo ni ser súbditos del rey de España. Este pueblo habitaba en la isla de Mactán, lo que hoy es Filipinas. Magallanes no lo pensó dos veces y decidió ir a atacarlos para que se sometieran a sus órdenes y no generaran problemas con las otras islas. Para ello, llevó a los hombres que le iban quedando que, como podemos inferir, no eran muchos.

Juan Serrano, al que conocimos anteriormente durante este viaje, era un hombre prudente. Sabía que ya se habían retrasado bastante en este viaje y, también, que las desventuras estaban a la vuelta de la esquina. ¿Para qué iban a perder tiempo en una isla desconocida? ¿Con quiénes se encontrarían si es que lo hacían? Juan prefería no averiguarlo e intentó, por todos los medios, convencer a Magallanes de no ir y de que era mejor continuar el viaje sin distracciones que, probablemente, no valdrían la pena. Pero Magallanes a veces era algo ideático, y cuando se le metía una idea en la

cabeza, era prácticamente imposible persuadirlo de lo contrario. Escuchó tranquilamente a Serrano... pero no le hizo caso. Iría igual y solucionaría el problema de una buena vez. El rey estaría feliz al enterarse de todos los súbditos nuevos conseguidos durante este largo viaje.

Partieron hacia la isla y desembarcaron precipitadamente. Eran pocos hombres y, con lo que no contaban, los isleños eran muchos. Y lo peor: estos ya estaban preparados para el combate, armados con arcos, flechas y piedras. La batalla no tardó en comenzar. Los españoles estaban mejor armados, pero eran menos y los indígenas no los dejaban descansar. Los atacaban a flechazos y les lanzaban piedras que sus armaduras, en un comienzo, lograron frenar bien impidiendo que los alcanzaran. Pero no pasó mucho tiempo hasta que sus enemigos se dieron cuenta de que las piernas y los rostros quedaban al descubierto, por lo que dieron la orden de intentar herirlos en esas partes. Las flechas cruzaban a la altura de las piernas. Muchos españoles cayeron desangrados ante la feroz ofensiva. Les lanzaron piedras en los rostros, las que los aturdían un momento para luego ver cómo se les echaban encima varios hombres a matarlos. Las pérdidas estaban siendo altísimas.

Magallanes mismo recibe flechazos en las piernas y se da cuenta espantado de que es imposible vencerlos con tan pocos hombres. “¡Retiradaaa! ¡Suban todos a los barcos de inmediato, nos vamos a España!”; ordena desesperado. Mientras los marineros retrocedían, los lugareños seguían atacando. Un cojo Magallanes intenta frenar a los enemigos, pero la pérdida de sangre lo comienza a aturdir. El tiempo se vuelve lento. Se siente mareado y lánguido. Los ruidos van desapareciendo en su cabeza. Tiene sueño y se siente débil. Blande la espada como puede, mientras ve cómo bajo él se forman charcos de sangre, de su sangre. A lo lejos, ve a sus enemigos que se dirigen hacia él empuñando sus armas. Se acercan corriendo raudamente, se le vienen encima. **Siente cómo lo golpean. Y en ese instante, ya no siente nada más.**



Hernando de Magallanes es asesinado. Y con esto, su coraje, tenacidad y ambición no se repetirían jamás de esta forma en ningún otro hombre de la historia. Con su muerte, la gran aventura queda a milímetros de terminar como él: sin vida.

La tripulación mira atónita el cadáver de su capitán. “¿Está esto realmente ocurriendo?”, se preguntan incrédulos. Los isleños, sin piedad, agarran el cuerpo de Magallanes y se lo llevan arrastrando. Los navegantes intentan recuperarlo para enterrarlo en España, pero no lo logran. Es en este momento cuando entienden que la expedición deberá continuar ya sin él.

Los marineros portugueses Juan Serrano y Duarte Barbosa, cuñado de Magallanes, quedan a cargo de la expedición. Ya es demasiado tarde, la vida de la tripulación corre peligro y pueden terminar todos muertos. Con lágrimas en los ojos, Serrano y Barbosa suben a los barcos, dejando atrás a sus muertos. Son tantos, que ni siquiera tienen tripulación suficiente para navegar en los tres barcos. Solo tienen para dos: otra nave perdida en este viaje.

Pero ni Serrano ni Barbosa tendrían mejor destino que Magallanes. Justo antes de partir, son asesinados por el rey de Cebú. ¿Las razones? Quizá nunca las sabremos. Para los tripulantes, fue una traición sin nombre. Y ahora, ¿quién los llevaría a casa? Los motines y luchas de poder estallaban por todas partes. **Parecía que ya nadie era confiable y que el futuro de la expedición pendía de nuevo de un hilo.**

El mando de la expedición quedó finalmente a cargo del vasco Juan Sebastián Elcano*, marino español con bastante experticia que había pasado más bien desapercibido durante el viaje. Elcano propuso, inmediatamente, que regresaran a España por las rutas portuguesas, las que ya eran conocidas y no presentarían tanto peligro. Lo primero que hizo fue dejar en las

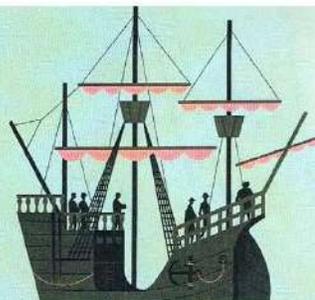
Molucas la nave *Trinidad* para que fuera reparada. Tomando solamente la *Victoria*, emprendió el viaje de vuelta con lo que quedaba de tripulación. Atravesaron el océano Índico y pasaron por la India, luego bordearon el continente africano y navegaron hacia el norte sin detenerse, hasta llegar a Sevilla. Esta vez, excepcionalmente, no hubo grandes contratiempos.

Elcano llegó a Sevilla el 6 de septiembre de 1522 con un barco y 17 tripulantes, es decir, con cuatro naves y 222 tripulantes menos, aunque con 26 toneladas de especias. El rey los recibe de brazos abiertos. Habían logrado una hazaña inimaginable: descubrieron el paso y comprobaron que se podía llegar a las islas Molucas navegando hacia el oeste. Habían confirmado, además, que la teoría de Cristóbal Colón era cierta, es decir, que efectivamente se podía llegar a la India navegando hacia el oeste. Y no solo eso —y quizás lo más interesante—, habían dado la vuelta al mundo y eran los primeros en lograr dicha proeza.

Esta verdadera epopeya cambió por completo nuestra percepción de la configuración del mundo. Al ir hacia el oeste y llegar por el este, también comprobaron que la Tierra era redonda, pues si se navegaba hacia un lado y sin desviarse, se llegaba al punto inicial. Y eso, de pasada, corroboraba la teoría de los griegos, quienes siempre afirmaron la redondez de la Tierra. Esta hazaña hizo avanzar a la ciencia y motivó a que muchos otros viajeros buscaran nuevas rutas y exploraran el mundo.

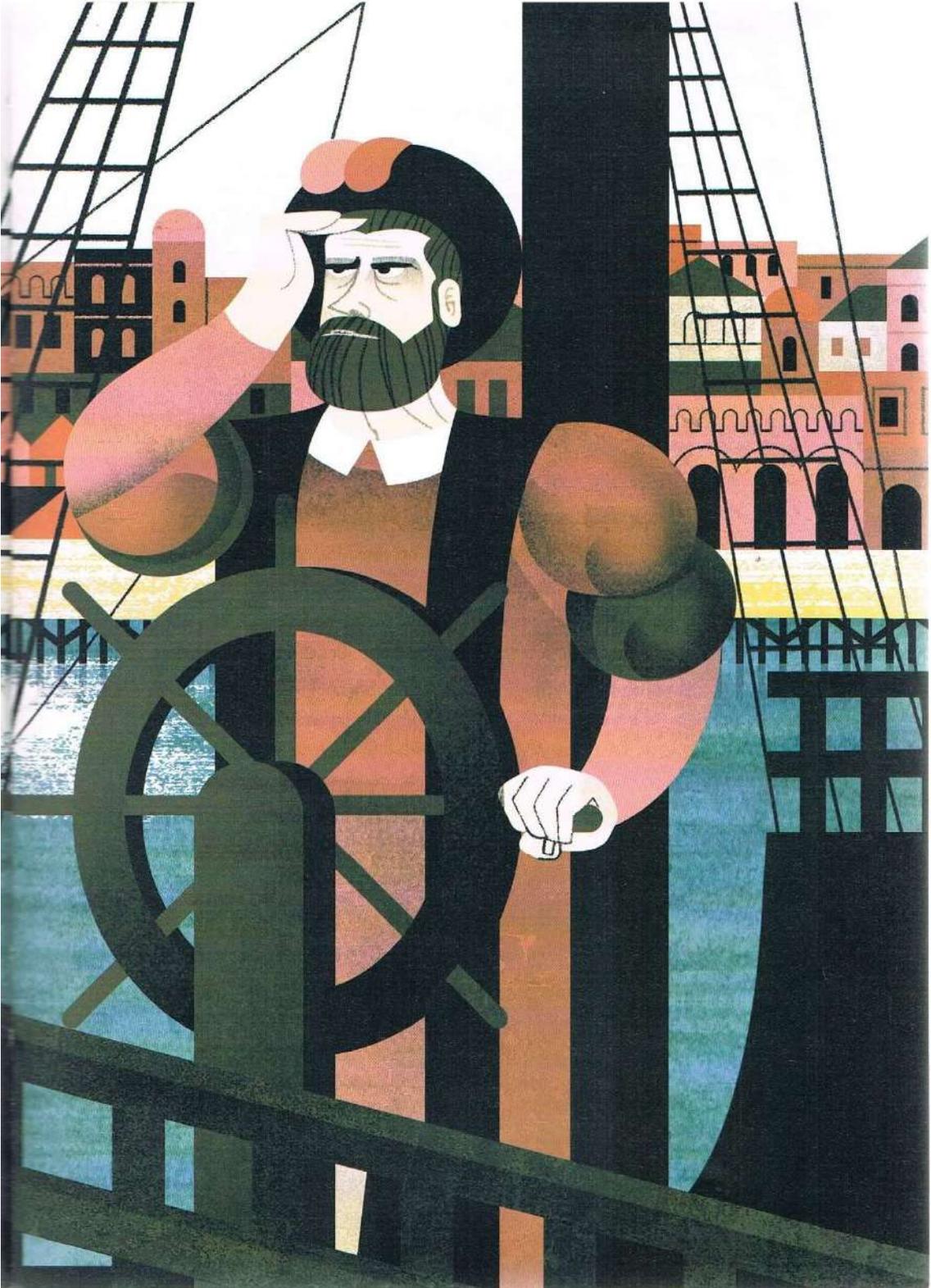
Digan lo que digan, no debemos olvidar que la valentía de todos estos marinos, tanto los que volvieron como los que no, fue de vital importancia para la comprensión del planeta en el que vivimos. Y, de seguro, sin la valentía de Magallanes y de su tripulación, esto hubiese sido imposible. Para ellos, esta palabra no existió: **lo que comenzó como una loca idea en la cabeza de un navegante portugués, se había transformado, finalmente, en una realidad posible, concreta y definitoria hasta el día de hoy.**

Cuadro de los sobrevivientes



NOMBRE	PUESTO
Juan Sebastián Elcano, de Guetaria	Capitán *
Francisco Albo, de Axio	Piloto *
Miguel de Rodas, de Rodas	Piloto
Juan de Acurio, de Bermeo	Piloto
Antonio Lombardo (Pigafetta), de Vicenza	Sobresaliente y cronista *
Martín de Yudícibus, de Savona	Marino *
Hernando de Bustamante, de Mérida	Marinero y barbero
Nicolás el Griego, de Nauplia	Marinero
Miguel Sánchez de Rodas, de Rodas	Marinero
Antonio Hernández Colmenero, de Ayamonte	Marinero
Francisco Rodríguez, portugués de Sevilla	Marinero
Juan Rodríguez, de Huelva	Marinero
Diego Carmena Gallego, de Bayona	Marinero
Hans, de Aquisgrán	Artillero *
Juan de Arratia, de Bilbao	Grumete *
Vasco Gómez Gallego el Portugués, de Bayona	Grumete
Juan de Santandrés, o de Santander, de Cueto	Grumete
Juan de Zubileta, de Baracaldo	Paje *





Glosario

ARMADURA: conjunto de piezas defensivas con las que se revestían los combatientes.

ARRECIFE: superficie de baja altura en el mar repleta de piedras, corales, bancos de arena y puntas de roca.

ARTILLERÍA: conjunto de armas para disparar grandes proyectiles a largas distancias empleando una carga explosiva para impulsarlos.

ARTILLERO: marinero encargado de la artillería de los buques.

BAHÍA DE SAN JULIÁN: ubicada al sur de Argentina, fue una bahía donde desembarcaron Magallanes y sus marineros.

BOICOTEAR: impedir a alguien el normal ejercicio de una actividad como medida de presión para conseguir algo.

BOTÍN: ganancias obtenidas de un robo.

CANOA: embarcación de remo muy estrecha.

CAPITÁN: persona que manda en un barco.

CARABELA: antigua embarcación a vela, con una sola cubierta, muy usada en viajes oceánicos en los siglos XV y XVI por Portugal y España. Al ser una nave ligera y alargada, podía alcanzar gran velocidad.

CARLOS I DE ESPAÑA: rey de España y del Sacro Imperio Romano Germánico. Gobernó España desde 1516 hasta su muerte, en 1556.

CARRACA: embarcaciones usadas en el transporte de carga. Eran muy sólidas, pero mostraban un mal comportamiento en temporales y eran lentas.

CEBÚ: isla que pertenece al archipiélago de Bisayas, en lo que hoy es Filipinas.

CHALUPA: embarcación pequeña que suele tener cubierta y dos palos para velas.

COLÓN, CRISTÓBAL: navegante genovés que vivió entre 1451 a 1506 y que sirvió a la Corona de Castilla. Descubrió América para Europa el 12 de octubre de 1492.

COLONIA: territorio fuera del país que se lo apropió, el cual es dominado y administrado por dicha nación.

COMLOT: ponerse de acuerdo entre dos o más personas para realizar algún plan ilegal o perjudicial en contra de otras personas.

CRISTIANISMO: religión monoteísta originada en las enseñanzas de Jesús, recogidas en los evangelios.

CRONISTA: escritor que recopila y redacta hechos históricos o actuales; en muchos casos son historiadores, aunque actualmente son principalmente periodistas.

DE PIGAFETTA, ANTONIO: noble italiano nacido en 1480, quien trabajó como geógrafo y cronista. Fue uno de los 18 hombres, de los 265 de la tripulación inicial, que sobrevivió al viaje magallánico. Sus crónicas, llamadas *Relación del primer viaje alrededor del mundo* (1524), son la fuente principal de información sobre el viaje de Magallanes.

ELCANO, JUAN SEBASTIÁN: marino español que vivió entre 1476 y 1526, quien completó la primera vuelta a la Tierra en la travesía de Magallanes, quedando al mando de la expedición tras la muerte de este.

ESCORBUTO: enfermedad producida por la falta de vitamina C, que provoca hemorragias, alteración de las encías y debilidad generalizada.

ESCUDILLA: vasija ancha con forma de una media esfera, usada generalmente para servir sopa.

EXABRUPTO: palabras o gestos bruscos que se expresan con enojo y enérgicamente.

EXASPERADO: irritado y enfurecido.

EXPEDICIÓN: excursión para realizar una tarea o misión específica en un lugar lejano.

GRUMETE: muchacho que aprende el oficio de marinero ayudando a la tripulación en sus tareas.



HAMACA: red alargada, gruesa y poco tupida de tejido resistente, que se amarra por las extremidades para que penda en el aire y sirva de cama.

IDÓLATRA: persona que adora a algún ser divino.

LISBOA: capital y ciudad más grande de Portugal, ubicada en la desembocadura del río Tajo. Su centro se compone de siete colinas, y actualmente es la capital más occidental de Europa continental.

MALAYO, IMPERIO: imperio centrado en la isla de Sumatra, que gobernó gran parte de lo que hoy es Indonesia. Ha sido el imperio más grande del Sudeste Asiático.

MANUEL I: rey de Portugal entre 1495 y 1521. Se destacó por apoyar a los portugueses en la exploración del océano Atlántico, donde descubrieron el paso este hacia la India y el territorio de Brasil.

MARINERO: persona que presta servicio en una embarcación y que está en el último escalón de la marinería.

MARINO: persona que se ejercita en la náutica o tiene un grado militar o profesional en la Marina.

MOLUCAS, ISLAS: también llamadas “islas de las Especias”, son un archipiélago en lo que hoy es Indonesia. Estas islas se hicieron conocidas entre los siglos XV y XVI por ser la única zona que producía ciertas especias como la nuez moscada o el clavo de olor.

MOTÍN: movimiento caótico de un gran grupo de personas, generalmente en contra de la autoridad constituida.

MUSULMÁN: quien profesa el islamismo, religión del profeta Mahoma, el último mensajero de Dios enviado para actualizar su mensaje.

NÁUFRAGO: persona que ha sufrido la pérdida o destrucción de su embarcación en el mar, en un río o en un lago.

NOBLE: persona que hereda, compra o a quien se le otorga algún título que concede algún privilegio legal.

OCÉANO PACÍFICO: océano más grande de la Tierra, que ocupa la tercera parte de su superficie. Se comunica con el océano Atlántico en tres zonas: los pasos del extremo austral americano, el estrecho de Magallanes y el paso

Drake, y una conexión artificial, el canal de Panamá. Hernando de Magallanes le dio este nombre por sus aguas tranquilas durante la mayor parte de su viaje desde el estrecho.

PAJE: muchacho que se encarga de la limpieza y aseo en una embarcación para aprender el oficio de marinero u optar a grumete cuando tiene más edad.

PATAGONES: el nombre hace referencia a un pueblo indígena aónikenk. El término patagón surgió de la expedición de Magallanes al exagerar el tamaño de los individuos.

PILOTO: persona que dirige un buque en la navegación.

RÍO DE LA PLATA: desembocadura en el Cono Sur de América formada por los ríos Paraná y Uruguay. En todo su recorrido sirve de frontera entre Argentina y Uruguay. A pesar de denominarse como "río", muchos lo clasifican como un golfo.

SOBRESALIENTE: persona destinada a suplir la ausencia de otra.

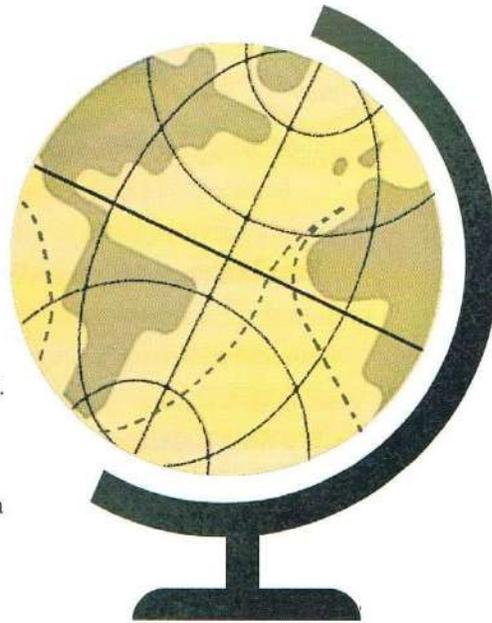
TIERRA DEL FUEGO: archipiélago situado en el extremo sur de América Latina y que comienza al sur del estrecho de Magallanes.

TUPINAMBÁES: pueblos indígenas del sureste de Brasil. A pesar de conformarse por distintas tribus, el nombre Tupinambá fue usado por los portugueses para referirse a diversos pueblos que compartían un territorio.

VIRUTA: hoja delgada que se saca con el cepillo u otra herramienta de la madera.

VITAMINA C: nutriente esencial para formar los vasos sanguíneos, cartilagos, músculos y huesos, y vital en el proceso de curación del cuerpo. Como el cuerpo no produce vitamina C, necesitas obtenerla de la dieta.

ZARPAR: levar el ancla para que el barco pueda salir de donde estaba atracado.





Índice

- 6** CAPÍTULO I
 De Hernando a Magallanes
- 22** CAPÍTULO II
 ¿Loco o visionario?
- 34** CAPÍTULO III
 Para grandes logros, grandes sacrificios
- 48** CAPÍTULO IV
 **Gigantes, tierras en llamas y una
 nave llamada *Victoria***
- 64** CAPÍTULO V
 Contra viento y marea
- 78** Glosario

María José Cumplido Baeza

(Santiago, 1988) es historiadora de la Pontificia Universidad Católica de Chile y escritora. Es editora de Historia y Ciencias Sociales en Memoria Chilena, sitio web patrimonial de la Biblioteca Nacional de Chile. Se ha dedicado a la divulgación de la historia de su país, publicado libros sobre el rol de las mujeres en esta, como *Chilenas* (2017), *Chilenas Rebeldes* (2018) y *Chilenas Rebeldes 2* (2019).

Tiago Albuquerque

(Lisboa, 1982) es licenciado en Bellas Artes y Escultura por la Facultad de Bellas Artes de Lisboa, y licenciado en Cómics e Ilustración en Ar.Co. Ha colaborado en diversos periódicos y revistas, y también ha ilustrado diferentes libros y portadas de álbumes. A menudo trabaja para agencias de publicidad y distintas editoriales.

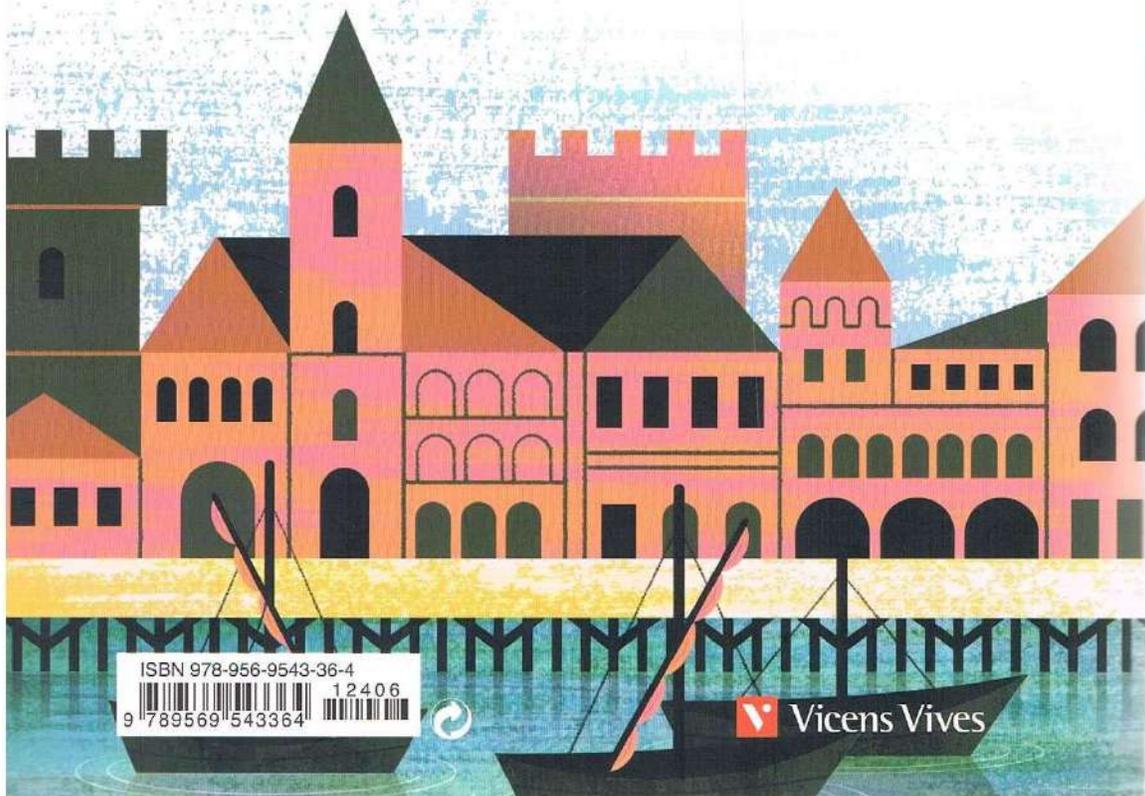


Este libro se terminó de imprimir
en octubre de 2019 para celebrar el
cumplimiento de los 500 años de la gran
travesía de Hernando de Magallanes.

Esta es la historia sobre cómo un hombre tan asombroso como Magallanes llegó a ser quien fue. La historia de un niño llamado Hernando, quien desde pequeño soñó con aventuras increíbles y tierras lejanas. Y de cómo estas ensoñaciones se hicieron realidad.

De Hernando a Magallanes es una biografía que nos muestra la valentía y determinación de un navegante que luchó, literalmente, contra viento y marea: desde la incredulidad de quienes dudaron de su gran idea y la falta de recursos económicos, hasta la deslealtad de muchos, la violencia de la naturaleza y los enfrentamientos cuerpo a cuerpo. Una vida plagada de aventuras y desventuras que te dejarán boquiabierto.

¡Leven anclas, que esta hazaña está por comenzar!



ISBN 978-956-9543-36-4
9 789569 543364 12406



Vicens Vives